

DE CÓMO LA VIDA MONÁSTICA IMPREGNÓ
EL LENGUAJE DEL PUEBLO CON FORMAS DE HABLAR
Y EXPRESIONES QUE TODAVÍA PERDURAN
EN NUESTRO IDIOMA

JOSÉ LUIS GARCÍA REMIRO

Nuestra lengua se fue impregnando desde sus orígenes por la cultura religiosa de los monasterios, incorporando muchas de sus expresiones. San Agustín ve la inminente invasión de los bárbaros con una mirada perpleja. No le ve salida a la situación que se avecina. Para él, esta invasión de unos pueblos que lo arrasaban todo a su paso, era el fin incluso de la expansión del cristianismo. Y sin embargo a estos pueblos llamados bárbaros, desde este lado de la Historia los vemos como una inyección de sangre joven que devolvió la vitalidad a los pueblos de un Impero Romano ya en decadencia.

Los bárbaros arrasaron el Imperio pero pasaron rozando las tapias de los monasterios sin darse cuenta de que en su interior se guardaba toda la cultura de la época. Cuando los invasores se asentaron, salieron de sus monasterios aquellos monjes silenciosos y, poco a poco, fueron civilizando, cristianizando aquellos pueblos rudos pero, en el fondo, sanos.

Así como la música gregoriana de los monasterios influyó en la música popular, las expresiones, muchas de las expresiones utilizadas por los monjes y predicadores en el mundo cristiano, dejaron su huella en el lenguaje popular.

Nuestra cultura popular discurrió durante siglos por los cauces de la comedia y el sermón. Desde el púlpito y desde el teatro llegaban al pueblo, junto con las ideas, muchas de las expresiones que luego circulaban por el idioma. El teatro popular, al mismo tiempo que reflejaba muchas de las expresiones del lenguaje de la calle, sirvió de resonador de muchas de ellas, que pasaron a generalizarse como un efecto mimético del teatro, que las había tomado de la creación espontánea popular. En muchos de estos casos, no sabemos, ni quizá importa mucho, si la expresión nació en la calle y la generalizó el teatro, o fue el autor teatral quien primero la puso en circulación. Otro tanto podemos decir del impacto que la predicación produjo en nuestro modo de hablar. Nuestra lengua se fue impregnando así desde sus orígenes por el mundo religioso que tenía su más alta expresión en los monasterios. Como un reflejo de esta impregnación, aparecen todavía palabras y expresiones que están

vivas en el idioma y que tienen su origen en textos y episodios bíblicos tantas veces oídos en la predicación, en el espectáculo de la liturgia y, a veces, en latines mal entendidos.

Es verdad que esta huella se está en parte perdiendo, al menos en la cultura urbana de los jóvenes. Sin embargo, lo que se está perdiendo es más bien la conciencia de su origen. Seguimos metiendo a Dios en nuestra conversación espontánea, a veces de forma irreverente.

“Dios” se utiliza como elemento superlativizador de encarecimiento (se armó la de Dios; vive como Dios; en España hasta los ateos quieren vivir como Dios; está del copón, de la hostia; todo Cristo; aquí no se salva ni Dios); o como mero soporte fonético de un asombro o indignación (¡hostias!, ¡cielos! ¡Jesús! ¡virgen santa!); o como reniego para agravar un insulto o un envío malhumorado: Rediós, o como decían los clásicos, vive Dios ... Estas expresiones tienen su versión eufemística (ostras, rediez, diantres...) lo cual demuestra que se consideraron tabú, prohibidas, afectadas por una sanción social. También metemos a los diablos en expresiones malhumoradas, de reniego, como “¿qué diablos haces ahí?” o “no sabemos a dónde diablos nos encaminamos”; “se armó una algarabía de mil demonios”

España fue considerado como uno de los países en los que más se blasfemaba, al menos en el ámbito rural y hasta la introducción del tractor en las tareas agrícolas. Los campesinos tenían la impresión de que las caballerías reaccionaban a sus órdenes con mayor diligencia cuanto más elevado era el ser contra el que se blasfemaba.

Hoy se trata muchas veces de palabras que se han vaciado de contenido, al menos de su contenido injurioso, y han quedado como mero desahogo verbal, como ocurre muchas veces con el habla de la juventud. Hoy los jóvenes dicen “tío, qué fuerte, hosti, cabrón, joputa ...” como efectos rítmicos que no aspiran a ser palabras con significado injurioso. Se las dicen incluso a los amigos sin que éstos se molesten. Son meras muletillas verbales para mantenerse en el uso de la palabra cuando no saben qué decir y mientras se les ocurre otra cosa. Y de paso les sirve para sintonizar con su grupo y ser aceptados. Usan el lenguaje de la tribu para sentirse pertenecientes a ella. Y esto tanto los chicos como las chicas aunque en boca de éstas parezcan un despropósito mayor ciertas palabras.

“Ay, Dios” es más un suspiro que una profesión de fe. “Dios mío” no es una declaración de propiedad afectiva sino un modo de poner cuerpo fonético a un suspiro de pena reprimida, de alivio, de asombro. Ya Forges escribe “gensanta”, en vez de virgen santa, con ese desgaste fonético que muestra que ya no significa nada.

“Ni Dios ni amo”. Es un viejo lema anarquista, de los que rechazan toda servidumbre y se oponen a toda relación de dominio. El novelista J. L. Sampedro suele decir: “Soy ácrata, gracias a Dios y a usted”, bromeando con la incoherencia, como cuando Cervantes, en *Rinconete y Cortadillo*, pone en boca del mozo que les infor-

ma sobre las normas que rigen en “aquella virtuosa compañía” de maleantes pícaros gobernada por Monipodio: “Soy ladrón para servir a Dios y a las buenas gentes”.

Decimos pordiosero a quien pide por Dios. Y perdone por Dios, hermano. Dios se lo pague, dice el mendigo. Sabe Dios decimos para referirnos a cosas que nadie sabe. Por esos mundos de Dios, para indicar un lugar alejado e indeterminado. Decimos adiós, vaya usted con Dios como saludo y despedida. Gracias a Dios, atribuyendo a la intervención divina el éxito de todo lo que nos sale bien. También decimos Si Dios quiere. En el cristianismo se introdujo la fórmula “Si Dios quiere” (“Deo volente”), llamada “condición jacobea” por ser Santiago en su carta quien nos la recomienda: “Debíais decir: Si el Señor quiere y vivimos, haremos esto o aquello” (4, 15). No vemos el futuro con naturalidad. Tenemos como un temor supersticioso por no parecer que pretendemos dominar el futuro, algo que sólo Dios se puede permitir. Cuando hablamos de futuro, necesitamos añadir alguna fórmula pía como temiendo que, si afirmamos rotundamente una acción de futuro sin reconocer explícitamente que el futuro está en las manos de Dios, esto despierte los celos de la divinidad y ésta movilice sus rayos para frustrar nuestros propósitos. El labrador que tiene la idea supersticiosa de un dios celoso de nuestro bien, dice: “No lloverá, no”, como para conjurar los celos de la divinidad y quizá provocarle a que le lleve la contraria y haga que las cosas ocurran a la medida de lo que él está deseando.

Hay un dicho “A Zaragoza o al charco”, que proviene de un cuento baturro en el que se escenifica la proverbial tozudez que se atribuye a los aragoneses. En el cuento, un baturro iba de camino y alguien le preguntó que a dónde iba. “A Zaragoza”, respondió. “Eso será si Dios quiere”, le replicó su acompañante. “A Zaragoza tanto si Dios quiere como si no”, insistió el baturro. Entonces Dios, celoso de quien no le reconoce el dominio exclusivo del futuro, le convirtió en rana y lo arrojó a un charco. Cuando el aragonés volvió a su ser, una vez cumplido el castigo divino, respondió a quien le preguntó a dónde iba: “A Zaragoza o al charco”, terco en su empeño por no renunciar a tomar sus propias decisiones pero incluyendo en éstas la posibilidad de ser de nuevo convertido en rana y terminar en un charco.

“Todo el santo día” es un modo de encarecer la duración de un día a lo largo de todos y cada uno de sus momentos. Una de las partículas de refuerzo que utilizamos en nuestro idioma es la de san o santo. Por ejemplo, en “sanseacabó”. Ya el acabóse es lo peor que podía pasar, el colmo del desastre y también, según los casos, lo mejor que nos podía ocurrir. Decimos el acabóse cuando algo ha colmado las medidas ya sea en sentido positivo o negativo. Para zanjar un asunto, decimos “se acabó”; pero si todavía queremos dar más énfasis a este final, decimos “¡sanseacabó!”, y todos entienden que no hay nada más que añadir, que es inútil seguir insistiendo. *Dic. Autoridades* (1726-1739): “Santo día. Expresión que además del sentido recto, significa rigurosamente todo el tiempo de un día; y se usa para reprender a alguno de que le gasta todo ocioso sin aplicar parte de él a cosa buena o indiferente” (s. v. *santo*). Otro ejemplo es el encarecimiento progresivo que experimenta la expresión

“no me da la gana”, si la adjetivamos con *real* (“no me da la real gana”) o con *santísima* (“no me da la santísima gana”).

A veces se traen nombres de santos para forzar la rima, ya que muchos de los dichos populares se construyen rimados para su más fácil recordación: Una y no más, santo Tomás; En el coche de san Fernando: un ratito a pie y otro andando; Santa Rita, lo que da no se quita.

Así como se llamó familiarmente Pepe al José porque en el santoral común se añadía a la mención de san José la denominación “Padre Putativo” (adoptivo) del niño Jesús, que escrito en abreviatura (P. P.) sonaba Pepe y terminó siendo equivalente cariñoso de José; así ocurría en el santoral de la Orden Franciscana, que al mencionar a san Francisco se añadía “Pater Communitatis” (Padre de nuestra Comunidad), lo cual escrito en abreviatura (Pa. Co.) terminó siendo Paco como equivalente cariñoso de Francisco.

Aunque la mayoría se refieren al mundo cristiano, no faltan expresiones que provienen del mundo judío o musulmán. “Ojala” significa Dios lo quiera, dicho en árabe. Por cierto, los judíos no decían Dios sino Dío, porque Dios les sabía a plural y por esta razón acusaban de politeísmo a los cristianos hispanos.

Sin pretender ser exhaustivo, voy a hacer un rápido recorrido por las huellas que el lenguaje de los monjes y en general el mundo religioso dejó en el habla popular. Algunas ya no se usan en la conversación pero se siguen escribiendo. Para proceder con un cierto orden, las he agrupado.

1. EXPRESIONES RELACIONADAS CON PERSONAJES BÍBLICOS

Algunos nombres propios de personajes bíblicos han pasado al lenguaje común asociados proverbialmente a un rasgo. “Está hecho un adán” se dice de quien viste de manera descuidada y sucia, por alusión a la desnudez con que aparece el primer hombre en los retablos de las iglesias. Al pueblo sencillo debió de impresionarle la imagen de un Adán desnudo y humillado, expulsado del Paraíso tras la caída original. Matusalem asociado a la longevidad (“es más viejo que Matusalem”) (*Génesis* 5, 25-27); María Magdalena como ejemplo de mujer arrepentida y llorosa (“llora como una Magdalena”); Caín asociado a la maldad (“es más malo que Caín”) y también a las penalidades (“pasar las de Caín”). Según el relato bíblico (*Génesis* 4, 10-16), Caín llevaba una señal en la frente para que nadie le matase, y esa era su maldición: seguir viviendo soportando el peso de su crimen. El benjamín de la casa es el hijo menor de una familia. Le llamamos benjamín porque Benjamín se llamaba el más pequeño de los doce hijos que tuvo Jacob y que fueron cabeza de las doce tribus de Israel. Estos eran sus doce hijos: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Zabulón, Isacar, Dan, Gad, Aser, Neftalí, José y Benjamín. Ir de Herodes a Pilatos es andar de una parte a otra, de una persona a otra en la tramitación de una demanda. También se dice, con un sentido equivalente, Ir de Anás a Caifás. Ambas locuciones provienen de un episodio evan-

gético. El Evangelio nos cuenta cómo Jesús fue llevado de Anás a Caifás, de Herodes a Pilatos, en el proceso de su Pasión que terminó con su condena en la cruz (*Juan* 18, 13-28; *Lucas* 23, 6-11). El beso de Judas es el beso de la traición. Leemos en el Evangelio cómo Judas utilizó un beso como señal para entregar a su maestro: “Les dio Judas una señal: Aquel a quien yo besare ese es; prendedle” (*Mateo* 26, 48). Todavía entre mafiosos, un beso del padrino suele ser la señal que marca a uno para la muerte. Llorar como una Magdalena es llorar desconsoladamente. La iconografía religiosa suele representar a María Magdalena con el rostro cubierto de lágrimas. No está la Magdalena para tafetanes, decimos para indicar que una persona no está para bromas y no es el momento oportuno para pedirle un favor. *Tafetanes* son telas de seda delgada, galas de mujer. Y así, decir que la Magdalena no está para tafetanes es decir que no está para que le vayan con regalos como antes, que una vez abandonada su vida anterior de mujer pública, ya no se la puede galantear intentando rendirla con trapitos y galas. Salomón con la sabiduría y hablamos de un decisión salomónica cuando, contra todo derecho, se decide repartir la razón entre los litigantes en vez de darla entera a quien la tiene. En alusión al célebre *Juicio de Salomón* que, en la Edad Media, se consideraba como ejemplo para jueces, y como tal aparece en pinturas y bajorrelieves. El episodio en el que aparece su famoso juicio, nos lo narra el *Libro I de los Reyes* (*I Reyes*, 3, 16-28). Cervantes, *Don Quijote*, siendo Sancho gobernador de la Isla Barataria y recordando haber oído contar un caso como aquel al cura de su lugar, resuelve un pleito con tal ingenio y acierto que “quedaron todos admirados y tuvieron a su gobernador como un nuevo Salomón” (2ª, cap. 45). En realidad, la expresión “decisión salomónica” no alude a la especial sabiduría que mostró Salomón en este juicio, sino que se centra en la orden que dio de partir al niño en dos mitades y dar una parte a cada una de las dos mujeres que lo reclamaban como propio. Y la utilizamos cuando en un juicio, en vez de dar la razón a quien la tiene se reparte entre los litigantes con la pretensión de dejar satisfechas a ambas partes.

2. EXPRESIONES SACADAS DE TEXTOS O EPISODIOS DE LA BIBLIA

Armarse un belén

En esta expresión, “belén” significa confusión, alboroto. “Meterse en belenes” es meterse en líos y complicaciones. Belén es el pueblo en donde nació Jesús, y de ahí pasó a significar el nacimiento que por Navidad se monta en las casas. ¿Cómo ha podido pasar a significar un lugar donde reina el desorden y la confusión? Ya R. J. Cuervo, *Apuntaciones críticas ...* (1867-1872), en el cap. 10 de “Acepciones ocasionales por alguna circunstancia especial”, habla de Belén y Babel como nombres que han adquirido una significación como lugar de desorden y confusión, derivada de algo que en estas localidades ocurrió (677). Quizá es por este apunte crítico de Cuervo por el que se activa esta acepción a finales del s. XIX, ya que el *Diccionario*

de la Academia lo recoge con este significado por primera vez en su edición de 1869: “Belén. Se dice de un sitio en que hay mucha confusión y de la confusión misma” (s. v. *belén*). Según el relato evangélico, a Belén tuvieron que acudir María y José desde Nazaret a empadronarse, por orden del emperador, cuando Jesús estaba a punto de nacer. Llegados a Belén, se encuentran con una población en la que reina la confusión por la cantidad de extranjeros que, como ellos, han ido a cumplir las órdenes del César. Ese desorden, ese trasiego de gentes que llenan las posadas, cuyas puertas se cerraban al paso de José y María (“No había lugar para ellos en el mesón”), podría explicar el significado de *belén* como confusión.

No merece descalzarle

Así decimos de una persona que no valora ni estima a otra que es muy superior a ella, y que de tal manera le sobrepasa en méritos que no es digna ni de descalzarle. La expresión está tomada del Evangelio, cuando Juan Bautista anuncia la inminente llegada de Jesús de Nazaret del cual yo no soy digno de desatarle el cordón de su zapato (*Marcos*. 1, 6-7). Aunque en el dicho se toma la acción de descalzarle, en general se refiere a que no es uno digno de hacerle el más mínimo servicio. Y así aparece ya en nuestros clásicos. Marcial, *Epigramas*: “Que me muera si eres digno de prestarle tu orinal a Pílates” (lib. 10, 11).

Azotar el aire

Es fatigarse inútilmente por estar desorientado en lo que se hace. Se trata de una metáfora fácil de interpretar que, sin duda, entró en el lenguaje común a través de la predicación sobre aquello de la carta de san Pablo a los de Corinto: “¿No sabéis que en el estadio todos los corredores cubren la carrera, pero uno sólo lleva el premio? (...) Pues yo corro de esa manera, no sin rumbo fijo; boxeo de esa manera, no dando golpes al aire [aerem verberans] (1Cor. 9, 24-27).

Dar coces contra el aguijón

Es obstinarse en resistir a fuerza superior. La imagen se toma de la absurda reacción de las bestias de carga cuando se les pica para que tiren y se revuelven cocean-do contra el aguijón. Revolverse contra la determinación de los dioses fue tema frecuente de la tragedia griega. Era golpearse con las propias armas, como escupir contra el cielo. Aunque sabemos que el dicho “cocear contra el aguijón” circulaba como proverbio ya en tiempos de san Pablo, en nuestra cultura y lenguaje popular entró a través de la predicación en torno al relato que el propio apóstol nos hace de su conversión en los *Hechos de los Apóstoles*: “Duro es para ti dar coces contra el aguijón” (26, 14). Fedro, *Fábulas*: “A un taller de un herrero entró una serpiente y buscando algo qué comer, mordió una lima. Pero ésta le dice a la que se empeñaba en hincar-le el diente: Necia, cómo pretendes morderme a mí que hago polvo el metal? (lib. 4, 8). Samaniego, *Fábulas*, la puso en verso con el título: La serpiente y la lima. “En

casa de un cerrajero / entró la serpiente un día, / y la insensata mordía / en una lima de acero. / Díjole la lima: -El mal, / necia, será para ti. / ¿Cómo has de hacer mella en mí / que hago polvos el metal? / Quien pretende sin razón / al más fuerte derribar, / no consigue sino dar / coces contra el agujijón” (1, fáb. 17). Este mismo tema desarrolla La Fontaine en su fábula “La culebra y la lima” (lib. 5, 16).

De buen o mal talante

Es estar de buena o mala disposición para hacer o conceder alguna cosa. Talento (inteligencia) y talante (voluntad) proceden respectivamente del latín “talentum” y de su modelo griego “talanton”, que primero significó balanza y luego cierta unidad monetaria. Talentum era, pues, una moneda, y en la parábola de los talentos que trae el evangelista Mateo (25, 14-30), se habla del siervo que no supo negociar con la moneda que le dio su señor. Por alegoría, en la predicación, esta moneda se identificó con las dotes naturales que todos tenemos el deber de desarrollar y hacer fructificar, y al fin pasó a significar esas mismas dotes, especialmente la inteligencia (talento). En cuanto a talante se generalizó en la Edad Media por la tendencia de la Iglesia a considerar preferible la buena voluntad o intención (talante) a la inteligencia (talento).

No echar margaritas a los cerdos

No hay que hacer partícipes de las cosas demasiado valiosas a quienes no saben apreciarlas. Es un consejo bíblico que recomienda tratar las cosas sagradas con respeto. Leemos en el Evangelio: “No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas a los cerdos” (*Mateo* 7, 6). Aquí margaritas son perlas, piedras preciosas. En la antigüedad cristiana estuvo vigente la disciplina del arcano, por la que no estaba permitido dar a conocer algunos de los misterios cristianos a los paganos que no estaban en condiciones de comprenderlos. Incluso a los neófitos se les iban revelando poco a poco. Hoy la locución ha ampliado su significado y ya la aplicamos a cualquier cualidad o valor que no es apreciado por determinadas personas. “No está hecha la miel para la boca del asno”, decimos, y sabemos bien que utilizar el ingenio o los buenos modales con algunas personas es como hacer cosquillas a un rinoceronte. Dice *La Didaqué o Doctrina de los Doce Apóstoles*, redactada en las postrimerías del primer siglo cristiano: “Que nadie coma ni beba de vuestra Eucaristía sin estar bautizado en el nombre de Jesús; pues de esto dijo el Señor: No deis lo santo a los perros” (9).

Nadie es profeta en su tierra

Que son precisamente los compatriotas y conciudadanos de un gran hombre, o sus colegas, los menos dispuestos a reconocer sus méritos. Les cuesta reconocer su valía en quien conocieron de joven como uno más del lugar. La frase está tomada del Evangelio, que la refiere a la poca consideración que de Jesús de Nazaret tuvie-

ron sus paisanos. A Jesús le habían conocido en su taller de carpintero en Nazaret, y les costaba admitirle como un profeta que iba haciendo milagros. Nos cuenta el Evangelio cómo estando Jesús en Nazaret explicando su doctrina, se preguntaban los del lugar con incredulidad de dónde le venía esa sabiduría y esos milagros siendo el hijo del carpintero. Es entonces cuando Jesús dice: “A ningún profeta lo aceptan en su tierra” (*Lucas 4, 24*). Un cuentecillo popular escenifica esta sentencia. “Yo que te conocí verde cerezo / no lo puedo olvidar y no te rezo”.

Arrojar la primera piedra

El que esté libre de culpa que tire la primera piedra. Este dicho aconseja no acusar fácilmente a los demás ya que no es prudente arrojar piedras contra el tejado del vecino si tenemos el nuestro de cristal. La expresión alude a lo que nos cuenta el Evangelio que le ocurrió a la mujer sorprendida en adulterio y que los fariseos llevaron a la presencia de Jesús para plantearle la cuestión de si debían apedrearla según mandaba la ley de Moisés. Dice el evangelista Juan: “Como insistían en la pregunta, se incorporó y les dijo: A ver, el que de vosotros esté sin pecado, que le tire la primera piedra. Volvió a inclinarse y siguió escribiendo en la tierra. Al oír aquello, fueron saliendo uno a uno, empezando por los más viejos...” (*Juan 8, 5-11*).

Rasgarse las vestiduras

Es gesto de quien se escandaliza ante lo que otros hacen o dicen. La expresión ha derivado hacia un modo de escandalizarse exagerado e hipócrita. De hecho, sólo la utilizamos para rechazar un escándalo que nos parece impropio y aun farisaico: “No vamos ahora a rasgarnos las vestiduras porque en política haya de todo...” Entre los hebreos, rasgarse las vestiduras era manifestación de duelo. El paso de significar duelo a significar escándalo exagerado e hipócrita, se debió al influjo de la predicación del Evangelio, que atribuye este gesto a unos fariseos, que eran la personificación de la hipocresía. Según aquello de Jesús: “Mucho cuidado con la levadura de los fariseos, o sea, con la hipocresía” (*Lucas 12, 1*). El episodio más significativo donde encontramos este gesto farisaico es cuando Jesús se presenta ante el sanedrín, según nos cuenta el evangelio de Marcos: “¿Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios Bendito? Jesús respondió: Yo soy (...). El sumo sacerdote se rasgó las vestiduras, diciendo: ¿Qué falta hacen más testigos? Habéis oído la blasfemia. ¿Qué os parece?” (*Marcos 14, 61-64*). Ya en el libro II de *Samuel*, leemos: “Entonces David agarró sus vestiduras y las rasgó, y sus acompañantes hicieron lo mismo. Hicieron duelo, lloraron y ayunaron hasta el atardecer por Saúl y por su hijo Jonatán, por el pueblo del Señor, por la casa de Israel, porque habían muerto a espada” (*2 Samuel 1, 11-12*).

Por la calle de la amargura

Traerle a uno por la calle de la amargura es hacerle pasar un calvario de sinsabores y disgustos. Hace referencia a la calle de la amargura o Via Crucis que pasó Jesús en su camino hacia el Calvario donde fue crucificado.

Lavarse las manos

Es desentenderse de la responsabilidad de lo que pueda pasar o de una decisión que han tomado otros y con la que no se está de acuerdo. En este mismo sentido y ante una situación cuya responsabilidad nadie parece estar dispuesto a asumir, la prensa puede escribir su titular: “Que nadie se lave las manos ante esta catástrofe”. La expresión alude al gesto de Poncio Pilatos lavándose las manos delante de la muchedumbre que pedía la muerte de Jesús (*Mateo*. 27, 24-25). Pero el gesto y su simbolismo son anteriores a Pilatos y por eso pudo éste utilizarlo significativamente en el proceso a Jesús ante aquellos judíos. En efecto: era costumbre antigua lavarse las manos delante de la concurrencia para significar su inocencia ante un crimen u otro delito. Ya en el *Antiguo Testamento*, se dice: “Entonces, ¿para qué he conservado la conciencia limpia y he lavado mis manos en señal de inocencia?” (*Salmos* 73, 13). La expresión sigue viva para aludir a desentendimientos que muchas veces, por irresponsabilidad o por miedo, dejan el campo libre a la injusticia.

Para más inri

Para más burla, para mayor escarnio. INRI es el nombre que resulta de leer como una palabra las iniciales del rótulo que, en son de burla, mandó poner Pilatos sobre la cruz de Jesús de Nazaret: Iesus Nazarenus Rex Iudeorum (Jesús Nazareno, rey de los judíos). (*Juan* 19, 19-20). El sentido de burla y escarnio que hoy le damos a esta expresión proviene sin duda del que pretendió darle el propio Pilatos, al dar el título de rey a un crucificado. Y esto a pesar de que a los judíos les pareció que iba en serio, y esto fue lo que desató su indignación (*Juan* 19, 21-22). También decimos “ponerle a uno el inri”, por atribuirle algún hecho infamante o señalarle con alguna nota afrentosa.

La costilla de Adán

Para referirnos, en tono familiar y algo zumbón, a la esposa, decimos “mi costilla, mi cara mitad, mi media naranja..”, evitando así denominaciones más serias y burocráticas. Lo de media naranja, cara mitad alude a la unidad natural del matrimonio. Es el “*dimidium animae meae*” de los latinos. Lo de la costilla de Adán hace referencia al relato bíblico sobre nuestros primeros padres en el que se nos cuenta que Eva fue formada de una costilla de Adán. (*Génesis* 2, 18-22). De este relato bíblico pasó al lenguaje común y familiar. El papa Juan Pablo II, en la audiencia pública de 24 de noviembre de 1999, invitó a deshacer el equívoco del nacimiento de Eva de una costilla de Adán, un simbolismo bíblico no del todo generoso con el sexo femenino ya que sugiere una subordinación que no debe darse.

Es fruta prohibida

Lo decimos de algo que no nos está permitido hacer o tomar. Decimos fruta aludiendo a la del árbol del bien y del mal, aquel árbol que estaba en el centro del

Paraíso y de cuya fruta Adán y Eva tenían prohibido comer (*Gen. 2, 15-17*). Adán y Eva comieron la fruta prohibida (*Gen. 3, 1-6*) y fueron expulsados del paraíso. De aquí se dice “morder la manzana” para indicar que se ha llegado a realizar el acto sexual. Se parte de una interpretación, muy extendida aunque seguramente equivocada, de que la manzana que Eva ofreció a Adán y éste mordió no era sino una forma simbólica de aludir a una entrega sexual, que provocó la pérdida del Paraíso. Así la manzana se convirtió en la fruta del pecado que Eva hizo morder a Adán según el Antiguo Testamento. El sabor de la manzana como la lujuria y el pecado original aparece en la obra lírica de la monja benedictina alemana Hildegarda (1098-1179), *Symphonia* en el poema nº 66 *O tu dulcissime amator*, una sinfonía para las vírgenes donde éstas ruegan a Cristo, su esposo: “Hemos nacido en el polvo, / ¡ay!, ¡ay!, y en el pecado de Adán. / Es muy duro resistir / lo que tiene el sabor de la manzana. / Elévanos, Cristo salvador”. Aquella manzana que todos comimos en Adán, estaba prohibida y por ella tuvimos que abandonar el paraíso. Pero también a este lado de la tapia sigue habiendo “frutas prohibidas”.

Torre de Babel

Se dice del lugar donde hay gran confusión y nadie se entiende. Babel significa “confusión”. Cuervo, *Apuntaciones críticas ...* (1867-1872), en el cap. 10 de “Acepciones ocasionales por alguna circunstancia especial”, habla de Babel y Belén como nombres que han adquirido una acepción (como lugar de desorden y confusión) derivada de algo que en estas localidades ocurrió (677). El episodio de la Torre de Babel o torre de confusión, nos lo cuenta el libro del *Génesis*: “Bajó Yahvé a ver la ciudad y la torre que estaban haciendo los hijos de los hombres, y se dijo: He aquí un pueblo uno, pues tienen todos una lengua sola. Se han propuesto esto, y nada les impedirá llevarlo a cabo. Bajemos, pues, y confundamos su lengua, de modo que no se entiendan unos a otros. Y los dispersó de allí Yahvé por toda la haz de la tierra, y así cesaron de edificar la ciudad. Por eso se llamó Babel, porque allí confundió Yahvé la lengua de la tierra toda, y de allí los dispersó por la haz de toda la tierra” (11, 1-9).

Adorar al becerro de oro

Significa rendir culto servil al dinero, centrando todo el afán en conseguirlo. Con lo del becerro se hace referencia al pasaje bíblico que nos cuenta el libro del *Éxodo* (32) cuando los israelitas, en su huida de Egipto hacia la Tierra Prometida, se fabricaron un becerro de oro y se postraron ante él como a su dios. Cuando Moisés vio el becerro y a su pueblo adorándole, lleno de ira, rompió las Tablas de la Ley al pie del monte Sinaí y redujo a polvo el becerro. Este episodio bíblico nos proporciona la imagen de un becerro de oro (el dinero) que sigue siendo uno de los ídolos de nuestra sociedad mercantilista, que tiene su templo en el mercado y al que no le faltan fieles adoradores.

Hacer de chivo expiatorio

Es cargar con una culpa colectiva de la que no es culpable o que, al menos, no es el responsable único. Proviene de una práctica ritual de los judíos, tal como aparece en *Levítico* (16, 20-22). El día de la Expiación, el Sumo Sacerdote sacrificaba un macho cabrío y ponía las manos sobre la cabeza de un segundo macho cabrío elegido para la ocasión, al que se le imputaban todos los pecados e iniquidades del pueblo de Israel. Después de la ceremonia, se abandonaba en el desierto este macho cabrío cargado con los pecados del pueblo. Y de esta manera el chivo expiaba los pecados del pueblo y éste quedaba liberado de sus culpas.

Venderse por un plato de lentejas

Decimos que alguien se ha vendido por un plato de lentejas cuando en una negociación ha cedido a la conveniencia de los demás a cambio de pequeñas ventajas. La expresión alude al episodio bíblico entre los dos hijos de Isaac y de Rebeca: Esaú, que era el primogénito, vendió sus derechos de primogenitura a su hermano Jacob por un plato de lentejas un día que venía hambriento después de una jornada de caza (*Génesis* 25, 29-34). De este relato bíblico, a través de la predicación, pasó al lenguaje común y todavía hoy se utiliza como expresión de una cesión fácil y sin contrapartidas de nuestros derechos en algún tipo de negociación.

Ojo por ojo y diente por diente

Así suele formularse la llamada ley del Talión, y es frase que utilizamos para referirnos a quienes responden a una agresión con otra agresión equivalente. Es doctrina que básicamente rige todavía entre los judíos que, como es sabido, inspiran su conducta en el *Antiguo Testamento*. Dice así el libro del *Éxodo* a propósito de quien golpea a una mujer encinta: “Pero si resultare algún daño, entonces dará vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, cardenal por cardenal” (*Éx.* 21, 23-25). Así también en *Levítico* (24, 17-20). Esta norma judía de hacer pagar al delincuente un daño igual al que causó, que hoy nos puede parecer cruel, era un avance respecto a la barbarie anterior, en cuanto suponía una agresión previa y exigía que la réplica fuese proporcionada. Su aplicación actual entre los judíos es muy matizada y la proporcionalidad ya no es literal de ojo por ojo, etc. Ya lo advertía el judío Maimónides comentando esta ley en la parte 3ª, cap. 41 de su *Guía de perplejos* (1190): “Sólo el asesino, debido a la enormidad de su crimen, está incapacitado para conseguir el perdón, ni debe aceptarse de él ningún rescate: “Y no puede la tierra purificarse de la sangre en ella vertida sino con la sangre de quien la derramó” (*Números* 35, 33)” Hoy se piensa que responder a la violencia con la violencia es entrar en una espiral sin fin; y en cualquier caso, aplicar el ojo por ojo y diente por diente sería el modo más rápido de llegar a un mundo de ciegos y desdentados. Como es sabido, la doctrina

del Evangelio de Jesús de Nazaret supone la superación de esta ley judía. “Os han enseñado que se mandó: “Ojo por ojo, diente por diente”. Pues yo os digo: No hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, déjale también la capa; a quien te fuerza a caminar una milla, acompáñalo dos; al que te pide, dale; y al que quiere que le prestes, no le vuelvas la espalda” (*Mateo* 5, 38-41). Sin embargo, en la práctica, este espíritu evangélico tardó en inspirar la conducta en el mundo cristiano. Todavía para san Isidoro en sus *Etimologías*, esta equivalencia en el castigo lo exige la naturaleza y la ley: “Talión es la equivalencia en el castigo de modo que cada uno sufra de acuerdo con lo que hizo. Esto es lo que la naturaleza y las leyes establecen, que un castigo equivalente siga al que hace un daño. Según aquello de la ley (*Mateo* 5, 38): Ojo por ojo y diente por diente. La ley del Talión no sólo se refiere a la injuria sino también al beneficio que hay que devolver. Es un mismo discurso el de la injuria y el del beneficio” (lib. 5, 27, 24). La frase del Talión “¡Quien tal hace que tal pague!” se mantuvo durante mucho tiempo. Este era el sentido de la expresión que todavía utilizamos: “A lo hecho, pecho”. En *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*, de Tirso de Molina, religioso mercedario, se repite una y otra vez lo de “quien tal hace, que tal pague”, como expresión de la justicia de Dios ante los desmanes de don Juan (jorn. 3, v. 958 y 975). En el *Romance del marqués de Mantua*: “Visto que claro parece / por lo que es alegado, / que según la ley divina / quien mata ha de ser matado...” (*Romancero Antiguo*).

Un coloso con pies de barro

Un gigante con pies de barro, una estatua gigantesca o una empresa de grandes proporciones que tiene los pies de barro nos hace pensar en algo sin base firme, que puede venirse abajo en cualquier momento por el solo peso de su propio engranaje. La expresión hace referencia al sueño que tuvo Nabucodonosor, rey de Babilonia, y a la interpretación que de él hizo Daniel, tal como se nos cuenta en el *Libro de Daniel* del *Antiguo Testamento* (*Dan.* 2, 31-35). La estatua, pues, simbolizaba el reino de Nabucodonosor, y el sueño presagiaba lo que le iba a suceder. Del libro sagrado y a través de la predicación, pasó al lenguaje coloquial con el significado metafórico fácil de entender.

Año sabático

Hoy tomarse un año sabático es dedicarse durante un año a descansar o a asuntos distintos de aquellos a los que normalmente se dedica. La expresión se toma del mundo judío. En el *Antiguo Testamento*, el Año Sabático es el año de descanso de la tierra. El pueblo judío, después de trabajar la tierra seis años, el séptimo no la trabaja, no siembra, no cosecha confiando en Yahvé. En esto sigue el mandato de su Dios, que en el libro del *Éxodo* dice: “Sembrarás tu tierra seis años y recogerás sus cosechas; al séptimo la dejarás descansar...” (23, 10). Y en el *Levítico*: “Seis años sem-

brarás tu campo y seis años vendimiarás tu viña y recogerás sus productos; pero el séptimo año será un sábado de descanso para la tierra, sábado en honor de Yahvé” (25, 3-4). De esta práctica judía ha pasado a otros ámbitos de la vida moderna como las licencias por año sabático para profesores. Durante este año, quedan libres de obligaciones académicas ordinarias (manteniendo el sueldo) y se dedican a otras actividades relacionadas con el perfeccionamiento de su práctica docente o a investigar dentro del ámbito de su especialidad. Ha ampliado su significado y ya se aplica a otras licencias que se conceden a determinados cargos y ocupaciones, cuyos titulares quedan liberados de sus tareas durante el tiempo que dura su año sabático para dedicarse a descansar realizando tareas distintas de las acostumbradas. Incluso una escritora famosa puede concederse a sí misma esta clase de licencia y decir en declaraciones a la prensa: “Me tomo un año sabático. No quiero escribir más, de momento. Pienso viajar...”.

Tiempo de vacas flacas

Es el tiempo de escasez y penuria, en contraposición a otros de prosperidad y abundancia que denominamos de vacas gordas. La expresión está tomada de los sueños del Faraón tal como fueron interpretados por José, el hijo de Jacob. (*Génesis*, 41, 14-30). De este relato bíblico ha quedado en locución, que la prensa sigue utilizando para advertir a gobernantes y empresarios que deben aprovechar la coyuntura económica del país en sus momentos de bonanza (“de vacas gordas”) en previsión de los tiempos “de vacas flacas”, cuando el ciclo económico entra en recesión.

Caía un sol de justicia

Así decimos cuando queremos encarecer la fuerza de un sol riguroso e implacable que cae sobre nuestras cabezas en un día de calor. Algunos comentaristas piensan que se refiere al sol como instrumento de la justicia, en referencia a la costumbre antigua de castigar a los condenados a una exposición rigurosa al sol en la picota, que era lugar de exposición a la vergüenza pública. Sin embargo, me inclino por otra interpretación. Como es sabido, “sol de justicia” es expresión metafórica con que se designa a Jesucristo. El profeta Malaquías llama así al Mesías que ha de venir: “Mas para vosotros, los que teméis mi nombre, se alzaré un sol de justicia que traerá en sus alas la salud” (4, 2). A partir de este texto del profeta Malaquías, esta designación es frecuente en los Padres y en la Liturgia. En la Antífona de la Natividad de santa María: “De ti nacerá el Sol de Justicia, Cristo nuestro Dios” (Antifonario de 1546; CAO 3852). Santa Teresa, *Vida*: “Los ojos en Él y no hayan miedo se ponga este Sol de Justicia, ni nos deje caminar de noche” (cap. 35, 14). Fray Luis de León, *De los nombres de Cristo*: “Y como en el sol, por más que penetréis por su cuerpo, no veréis sino una apurada pureza de resplandor y de lumbre (...) así en este Sol de Justicia, de donde manó todo lo que es rectitud y verdad” (1, 3). Cuando la imaginación popular quiso encarecer la fuerza implacable del sol, le añadió un remate “de justi-

cia”, que nada tiene que ver con la intensidad del calor solar pero que era un remate de frase hecha, que tenía muy oída en la predicación y en la liturgia, que funciona como encarecimiento en la mente popular y eso basta. Así pues, el sol de justicia no se construye sobre la referencia al sol como instrumento de la justicia, sino sobre una frase hecha.

3. EL ESPECTÁCULO DE LA LITURGIA Y LA MACHACONA REPETICIÓN DEL CATECISMO LLEVÓ AL LENGUAJE POPULAR EXPRESIONES UTILIZADAS MUCHAS VECES COMO AMPLIFICACIÓN PARA DAR UNA COLORACIÓN HUMORÍSTICA A LA FRASE

En su torre de marfil

De quien lleva una vida retirada, que se aísla del mundanal ruido y apenas se deja ver en las tertulias, decimos que se ha encerrado en su torre de marfil. Encerrarse en su torre puede ser una metáfora, pero ¿por qué de marfil?. Torre de marfil (*Turris eburnea*) es uno de los títulos que se da a la Virgen en la letanía del Rosario. En el rezo diario del Rosario, se repetía una y otra vez lo de Torre de marfil, y cuando se quiso adjetivar esa torre en la que se recluyen algunas personas, se impuso en el lenguaje popular la expresión tantas veces repetida “de marfil”, que funciona aunque, bien mirado, no sea el marfil lo más adecuado para construirse una torre en la que encerrarse. Pero el lenguaje no se rige por la lógica sino más bien por un sentido de eficacia comunicativa.

Por ser vos quien sois

Así decimos con ironía cuando uno pretende conseguir o que se le reconozcan algunas cosas sin mérito propio sino, como decimos, por su cara bonita. Esta expresión, en su literalidad, está tomada del acto de contrición (que comienza con la fórmula “Señor mío Jesucristo...”) tal como lo enseña el catecismo de la doctrina cristiana y todos los niños aprendían de memoria. Quedó en expresión del lenguaje común aunque con un significado que nada tiene que ver con lo que significa en el catecismo, ya que allí se refiere a Jesucristo. Es un caso más de las cantinelas mil veces repetidas por los niños en el catecismo y que han pasado al lenguaje común.

Así también, Con dolor de corazón. Entonar el mea culpa. Esperando el santo advenimiento, El pan nuestro de cada día La primera en la frente, En este valle de lágrimas ...

4. DIVERSAS COSTUMBRES RELACIONADAS CON EL MUNDO RELIGIOSO SE UTILIZAN COMO MEDIDA DE LOS TIEMPOS Y EL RITMO DE LAS COSECHAS

El pueblo acompasaba su vida con las fiestas religiosas, calculaba el ritmo de las tareas del campo y las cosechas por las fiestas de los santos y por la referencia a las festividades del ciclo litúrgico, según quedan recogidas en numerosos refranes. “Por

Santiago y santa Ana (25 julio) pintan las uvas; para la Virgen de agosto ya están maduras”. “Por san Antón, media hora más de sol”. “Por san Blas, la cigüeña verás; y si no la vieres, año de nieves”. “Por santa Lucía, acorta la noche y alarga el día”. Por cierto que el cambio climático está poniendo en cuestión la validez de algunos de estos refranes agrícolas.

Medían su tiempo por lo que les duraba recitar algunas oraciones. En un santiamén es en un instante, en un espacio brevísimo de tiempo. Esta locución se ha formado de las dos últimas palabras de la fórmula latina que utilizamos para santiguarnos: “In nomine Patris et Filii et Spiritus *Sancti*. Amen”. Suelen ser denominaciones de alguna oración y hacen referencia al tiempo que utilizamos en su recitación, que es más bien breve: “En un credo, en un decir Jesús, en un santiamén...”. Ya Dante, *Divina Comedia* (1472): “Un amén no podría haberse dicho antes de que ellos se hubiesen perdido” (“Un amen non saría potuto dirsi...”; *Infierno*, canto 16, vv. 88-89). En el romance de don Tristán, el beso que éste da a la reina Iseo dura “cuanto una misa rezada”. (“Júntanse boca con boca / cuanto una misa rezada”). *Lazarillo de Tormes*: “Abro mi paraíso panal y tomo entre las manos y dientes un bodigo y en dos credos le hice invisible” (tr. 2). Todavía nuestras abuelas utilizaban el tiempo de un credo como la duración óptima para que un huevo pasado por agua se considerase en su mejor punto de cocción.

Hoy el ruido de la ciudad no nos deja oír el son de las campanas. Pero en otros tiempos el día estaba jalonado por las horas canónicas y por el son de las campanas que llamaban a Misa, al Ángelus, a Vísperas. También la guerra y las treguas estaban condicionadas en alguna medida por determinadas festividades religiosas. La llamada “tregua de Dios” regulaba el ejercicio de la guerra. Se basaba en un principio canónico que prohibía las hostilidades entre el sábado por la noche y el lunes por la mañana. Hacia 1040 la prohibición se aplicó al espacio de tiempo transcurrido entre la puesta del sol del viernes y su salida del lunes. Más tarde se incluyeron las estaciones de Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua. El castigo por violar este plazo era la excomuni3n.

Reloj viene de horologium, instrumento para “contar las horas”. El *horologium* fue un primitivo medio de conocer la hora a partir de la longitud de la sombra proyectada por una persona de estatura media en un determinado instante del día. Las rúbricas para las celebraciones del Jueves Santo del Antifonario de León incluyen referencias a antiguas medidas de longitud aparentemente enigmáticas e incomprensibles, que en realidad son referencias a la hora. En este sentido el horologium fue un verdadero instrumento litúrgico, especialmente útil para los monjes que consagraban su vida a la oración litúrgica. Por la noche se valían de las estrellas, del número de salmos rezados o de la medida de aceite consumida en el candil. Todavía decimos: “No hay más cera que la que arde”, en referencia a las velas encendidas que medían el tiempo disponible. Por el día se servían del horologium. Todavía se conservan en la forma que hoy llamamos reloj de sol.

5. EXPRESIONES PROVENIENTES DE COSTUMBRES O SITUACIONES RELACIONADAS CON EL MUNDO RELIGIOSO

Llamarse andana

Es desentenderse de lo que se dijo o prometió, escapar del cumplimiento de una obligación o compromiso, no darse por enterado de un asunto que le concierne. Viene de antana, altana, que en lenguaje de germanía es iglesia. Salinas, *Lenguaje de los delincuentes españoles* (1896): “De la iglesia, lo que más les impresiona es lo más alto, la torre, y la llaman alta; luego para calificar la iglesia los subyuga la representación de torre y la llaman altana”. *Dic. Autoridades* (1726-1739): “Antana. Voz que sólo tiene uso en la frase vulgar llamarse antana (que otros dicen andana) y se da a entender con ella que alguno niega con tenacidad lo que ha dicho u ofrecido” (s. v. *antana*). En el concilio de Coyanza (hoy Valencia de Don Juan), celebrado en 1050 con el fin de instaurar la disciplina eclesiástica en los reinos recién conquistados (“para restaurar la cristiandad”, en palabras del rey Fernando I de Castilla), en su canon 12 se dispone que si algún delincuente se acogiere a la Iglesia, no se atreva nadie a sacarle violentamente de ella, ni a perseguirle dentro de los cercados de la iglesia, que son treinta pasos. Y el que obrare de otro modo, sea anatema y pague al obispo 1.000 sueldos de plata purísima. En este concilio fue donde se cambió el rito mozárabe o visigodo por el actual rito romano instaurado por el papa Gregorio VII. En realidad, este derecho de asilo existía ya en la antigüedad clásica. En *Las Partidas* (1, título 10, ley 3) se establece que los clérigos deben darle de comer y de beber a quien se acoge. Quienes le quieran sacar para obtener derecho por el mal que hizo, deberán dar seguridad y salir fiadores ante los clérigos de que no le harán ningún daño en el cuerpo. Ampara también la iglesia a los siervos huidos que en ella se refugien. La ley 4 establece límites a este derecho de asilo. Excluye a los ladrones manifiestos “que tienen los caminos e las carreras, e matan los omes, e los roban”, los que andan de noche quemando y destruyendo las mieses, las viñas, los árboles y los campos, etc.

Llamarse andana significó iglesia me llamo. Los delincuentes que detenía la justicia, si se les había sacado a la fuerza de alguna iglesia, se negaban a responder ninguna otra cosa, y cuando el juez les preguntaba su nombre, decían “iglesia me llamo”. Pedir iglesia era acogerse a sagrado, o sea, buscar un delincuente refugio en una iglesia para huir de la justicia. Por extensión se dice de quien busca protección en alguien para evitar algún daño.

Pedir iglesia era, pues, acogerse a sagrado (“retraerse”) para gozar del derecho de asilo en una iglesia, de acuerdo con las leyes, cuando la justicia le perseguía. Era una forma de impunidad para los delincuentes, ya que la justicia no tenía jurisdicción en ese lugar sagrado que dependía de la jurisdicción eclesiástica y por tanto no podía apresarles dentro de la iglesia a la que se habían acogido. A veces servía cualquier iglesia, y otras veces sólo las señaladas para este fin de acogida. La parte de la igle-

sia donde tenían su refugio estos delincuentes era su patio o el claustro contiguo. Por este derecho de amparo, los templos se convirtieron con frecuencia en refugio para que los delincuentes realizaran sus fechorías con absoluta impunidad. Sabemos que los acogidos salían de noche para nuevas fechorías. La vida que los retraídos hacían en estos lugares que gozaban de impunidad era escandalosa. Quevedo, *Vida del Buscón*: “Nos acogimos a la Iglesia Mayor, donde nos amparamos del rigor de la justicia y dormimos lo necesario para espumar el vino que hervía en los cascots... Pasámoslo en la iglesia notablemente, porque, al olor de los retraídos, vinieron ninfas, desnudándose para vestirnos” (lib. 2, cap. 10). Esto obligó a tomar medidas, y el arzobispo de Sevilla, en 1586, trató de remediar estos excesos (con poca fortuna) y en todo caso limitó la estancia de los delincuentes a ocho días (cfr. José Deleito y Piñuela, *La mala vida en la España de Felipe IV*, Alianza Edit., 1987).

Que me aspen

Así se dice a modo de maldición que uno echa sobre sí para hacer más creíble su afirmación, deseándose mal para dar mayor credibilidad a lo que se dice: “Que me aspen si lo entiendo”. La expresión alude a la llamada cruz de san Andrés, una cruz atravesada en forma de aspa, que se ponía, de paño colorado, en el capotillo amarillo que llevaban los penitenciados por la Inquisición, para que fuesen reconocidos por tales. Esta forma de maldición que uno echa sobre sí para hacer más creíble lo que dice, ya se utilizaba en la antigüedad clásica con variadas expresiones. Francisco del Rosal, *Origen de los vocablos castellanos*: “Que me corten la cabeza. Juramento usado por Homero, como refiere Erasmo en el comentario al adagio “Adiurantis se facturum aliquid” (*Adagios*, 2709).

Cuestión bizantina

Así llamamos a las discusiones demasiado sutiles, sin una proyección práctica. Bizancio (actual Constantinopla) fue la capital del Imperio Bizantino. Mientras los turcos cercaban el Imperio, sus gobernantes se empeñaban en acaloradas polémicas sobre temas inconsistentes. Sabemos que las diferencias teológicas que separaban a latinos y griegos, concretamente el famoso *Filioque* sobre la procedencia de la tercera persona de la Trinidad, fueron objeto de acalorados debates y no siempre pacíficos enfrentamientos. *Filioque* significa “y del hijo”. En el símbolo apostólico de la fe se afirma que el Espíritu Santo procede no sólo del Padre sino “y del Hijo”. Focio acusó al Pontífice de Roma porque, según él, al introducir este *Filioque* en el símbolo niceno-constantinopolitano, ponía dos principios en la divinidad, lo cual iba en contra del dogma católico. El contraste entre lo sutil de la cuestión y lo apasionado de los debates que originaba, llevó a apellidar como “cuestión bizantina” todas las disputas sobre temas que no conducen a ninguna conclusión práctica.

A la buena de Dios

Hacer las cosas a la buena de Dios es hacerlas sin plan ni precaución, al azar, a lo que salga. Como quien se abandona en las manos de Dios esperando que las cosas salgan bien sin nuestro cuidado. Esta expresión refleja una idea equivocada de Dios, como que está ahí para solucionarnos la vida. Poco sabe del Dios de los cristianos quien cree que podemos contar con Él a la hora de hacer recuento de nuestras seguridades domésticas. “Dios te la depare buena”, decían los médicos cuando recetaban alguna medida a la buena de Dios, confiando en que Dios la hiciese buena. Este dicho que proviene del *Liber facetiarium* (ca. 1438-1452) de Poggio Bracciolini, lo explica Correas, *Vocabulario de Refranes* (1627): “Dios te la depare buena. Dicen que un médico ignorante, que no sabía recetar, tomó de casa de un boticario muchas recetas en una alforja, y fué por los lugares que no era conocido a curar, y a cualquiera enfermedad que se ofrecía, sin distinción sacaba una receta de la alforja y dábala al enfermo, y le decía: “Dios te la depare buena” (*Refr.* D-443). Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*: “Traía consigo gran cantidad de recetas, a una parte de jarabes y a otra de purgas. Y cuando visitaba algún enfermo, conforme al beneficio que le había de hacer, metía la mano y sacaba una, diciendo primero entre sí: “¡Dios te la depare buena!” y así le daba la con que primero encontraba” (1ª, lib. 1, cap. 3). *Dic. Autoridades* (1726-1739): “A Dios te la depare buena. Frase con que se explica que algún negocio se arriesga o expone a la contingencia de que salga bien o mal, porque no hay otro modo de manejarle” (s. v. *deparar*). Desconfiaban de los médicos pero estaban condenados a recurrir a ellos. En realidad, la Seguridad Social estaba servida no por una lista de médicos sino por una lista de santos cada uno especializado en alguna enfermedad o mal. Como san Roque abogado contra la peste; san Blas contra los males de garganta; santa Bárbara abogada contra las tormentas ... Cuando se sentían morir, gritaban confesión, en vez de llamar al médico, de cuyos remedios desconfiaban. Todavía hoy decimos: Dios nos coja confesados.

Tener bula

Es tener licencia para realizar algo que los demás tienen prohibido. Se dice de quien actúa como si estuviese dispensado de ciertas obligaciones y facultado para hacer lo que otros no pueden hacer, sin tener que dar cuenta de sus actos. La expresión alude a las bulas pontificias, así llamadas por la bola que colgaba de estos documentos papales y en la que llevaban estampado el sello de su autenticidad. Las bulas conceden privilegios y dispensas, como la Bula de la Cruzada que otorgaba a los españoles, a cambio de una limosna, diversos privilegios como comer carne en días que la Iglesia imponía la abstinencia. *Dic. Autoridades* (1726-1739): “Bula. Significa Carta, Breve o Letras Apostólicas, escritas regularmente en pergamino, de las cuales suelen venir pendientes unos sellos de plomo, por los cuales se empezaron a llamar estas letras Bulas” (s. v. *bula*). “Para todo tiene bula. Frase que se dice de algún hom-

bre licencioso, que en sus operaciones, fácilmente y sin mucho examen, se compone con su conciencia y ejecuta como si le fuera lícito lo que no lo es” (s. v. *bula*).

Las calderas de Pedro Botero

Con esta expresión familiar nos referimos en tono de humor al fuego del infierno. Covarrubias, *Tesoro* (1611): “Caldera de Pero Botello, se toma por el infierno; fúndase en algún particular que yo no alcanzo; sospecho debía ser algún tintorero caudaloso que hizo qualque caldera capacísima” (s. v. *caldera*). Correas, *Vocabulario de refranes* (1627) nos cuenta el origen de esta expresión: “En las ollas de Pedro Botello. En las calderas ...Tómalas el vulgo por tinas infernales de fuego y penas. Dicen que comenzó de un rico hombre de pendón y caldera, después maestro de Alcántara, que desbarató muchas veces a los moros con varios ardides, y coció muchas cabezas dellos en unas grandes calderas, y sería para presentarlas; y dicen que los despeñaba en una sima, u olla muy profunda” (*Fra.*, E-201). Según estos testimonios, la expresión nació a la vista de algunas grandes calderas, que al pueblo se le antojaron imagen de las del infierno y terminó llamando al infierno con la expresión de dichas calderas y de su dueño, un tal Pedro Botero o Botello.

Llamar a capítulo

Es convocar a uno para que rinda cuentas de sus actos. El capítulo es la reunión, con cierto carácter extraordinario, que los monjes y miembros de algunas órdenes religiosas celebran en una sala llamada capitular. Cuando a uno de sus miembros se le llamaba a capítulo podría ser para tratar de alguna falta que merecía una corrección. Y de este sentido de advertencia y corrección viene el dicho. Covarrubias, *Tesoro* (1611): “Las órdenes tienen sus juntas, que llaman capítulos generales y provinciales” (s. v. *capítulo*). *Dic. Autoridades* (1726-1739): “Capítulo. Junta de personas unidas en comunidad con voto decisivo, para tratar de las materias tocantes a su régimen y gobierno. Esta voz en este significado se entiende regularmente de las juntas que hacen los Caballeros de las Órdenes Militares de Santiago, Calatrava, Alcántara etc., los monjes, frailes y clérigos regulares de las religiones, para hacer a sus tiempos las elecciones de oficio y tratar de otras cosas propias de sus institutos” (s. v. *capítulo*).

No estar muy católico

En la mentalidad del pueblo creyente, la palabra “católico” pasa a ser sinónimo de bueno, sano y de calidad. Decir hoy “no me encuentro muy católico” es decir que no se encuentra uno bien de salud. Covarrubias, *Tesoro* (1611): “Por alusión, decimos de alguno que no tiene entera salud o no está intencionado a nuestro propósito, no estar católico, por no estar sano o constante” (s. v. *católico*). En Cervantes, *Don Quijote*, “católico” significa puro, verdadero, no echado a perder, excelente: “Estas visiones que por aquí andan, que no son del todo católicas” (1ª, cap. 47). “Y

en acabando de beber (...) dijo [refiriéndose al vino]: “¡Oh hideputa bellaco, y cómo es católico! [excelente] (*ibid.* 2^a, cap. 13). “Y viéndose [Sancho] bueno, entero y católico de salud ...” (*ibid.* 2^a, cap. 55). “Quedó molido Sancho, espantado Don Quijote, aporreado el rucio y no muy católico Rocinante” (*ibid.* 2^a, cap. 58).

Hablar en cristiano

Es expresarse en términos fácilmente comprensibles para los oyentes. “Hable usted en cristiano”, se le dice a quien no se expresa con claridad por no utilizar un lenguaje llano. Por un fenómeno de etnocentrismo entre gentes cristianas, se tiende a pensar que hablar en cristiano es hablar como es natural, como todo el mundo habla. Para decir que “nadie” lo entiende, decimos: “Esto no hay cristiano que lo entienda”. Y para saber si hay algún ser viviente que le escuche, una voz pregunta desde el interior de la cueva a la que se asoma Don Quijote: “¡Ah de arriba! ¿Hay algún cristiano que me escuche?” (*Don Quijote*, 2^a, cap. 55). En su origen, “hablar en cristiano” se oponía a “hablar en algarabía” (de allende), que era la lengua propia de los moriscos.

Hacerse cruces

Ha quedado en locución de asombro lo que fue gesto de religiosidad. Las gentes sencillas solían expresar su extrañeza o su temor santiguándose repetidas veces ante algo insólito y quizá por ello inquietante. Creían así inmunizarse y neutralizar con la señal de la cruz la posible amenaza de alguna fuerza oscura y enemiga. Todavía hoy algunos futbolistas se santiguan al entrar al campo. Covarrubias, *Tesoro* (1611): “Hacerse cruces, admirarse alguno de lo que le cuentan, santiguándose muchas veces” (s. v. *cruzero*). *Dic. Autoridades* (1726-1739): “Hacerse cruces. Admirarse con extrañeza de alguna cosa rara y singular que se oye o se ve, por ser ordinario, cuando esto sucede, el santiguarse o hacerse cruces en muestra de la admiración, horror o miedo que le causa” (s. v. *cruz*).

Cruzarle la cara

Significó en principio acuchillarle el rostro con dos tajos en forma de cruz. Hoy significa darle un par de bofetadas. Covarrubias, *Tesoro* (1611): “Cruzar la cara, amenaza de mujeres; vale tanto como: Yo os daré o haré dar por la cara una cuchillada de tajo y otra de revés que atravesase una por otra” (s. v. *cruzero*). *Dic. Autoridades*, (1726-1739): “Cruzar la cara a uno. Maltratarle y darle de cuchilladas en el rostro con la espada o con otra arma aguda, lo que regularmente se hace con ánimo de venganza y desprecio para dejarle señalado” (s. v. *cruzar*). De aquí salió llamar un “Per signum crucis” (por la señal de la cruz) a la cuchillada en la cara, tomándolo del gesto que se hace sobre el rostro al persignarse con la fórmula: “Per signum crucis, de inimicis nostris libera nos, Domine Deus noster” (Por la señal de la cruz líbranos, Señor Dios nuestro, de nuestros enemigos). De santiguar, que significaba persignar-

se, bendecir haciendo cruces, salió metafórica y festivamente la acepción vulgar de golpear a uno. Cervantes, *Don Quijote*: “Apenas puse mano a mi tizona, cuando me santiguaron los hombros” (1ª, cap. 15). “Y dad gracias a Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el per signum crucis con el alfanje” (*ibid.* 2ª, cap. 28). Era como medirle a uno las espaldas, las costillas, que se decía por golpearle con un palo o una vara (que se utilizaba para medir).

Hacerle la pascua

Hacerle a uno la pascua es fastidiarle, producirle algún contratiempo. Y sin embargo las pascuas eran tiempo de fiesta y alegría. Decimos de quien está alegre que está como unas pascuas, más alegre que unas pascuas. Se trata de uno de los casos curiosos en el idioma en el que una misma palabra (Pascua) termina significando cosas distintas y aun opuestas: por un lado alegría y por otro fastidio y contratiempo. O incluso indiferencia: “Él no acude y santas pascuas, aquí no ha pasado nada”. Quizá en estos desplazamientos de sentido, al menos en su origen, actuó la ironía, que vuelve del revés el significado de las palabras. Y de esta manera derivó hacia un sentido de fastidio. Poner cara de Pascua muchas veces se interpretó como de una alegría fingida, y este fingimiento pudo ser el paso hacia significar un fastidio ya sin disimulo. También pudo influir el hecho de que los judíos para celebrar su Pascua cebaban un cordero (el cordero pascual) y le hacían la Pascua sacrificándolo y comiéndoselo. Se celebraban la Pascua Florida o de Resurrección, la Pascua de Pentecostés y la Pascua de Navidad. De estas celebraciones jubilosas derivó el sentido de fiesta. También se utilizó como reniego: “Mala pascua te dé Dios”.

Romperse la crisma

Es romperse la cabeza, descalabrarse. Aquí crisma se toma por cabeza. En realidad, crisma es el óleo que se consagra el Jueves Santo y con el que se unge en la cabeza a los catecúmenos cuando se les bautiza. La imaginación popular asoció este óleo sagrado a la cabeza y terminó llamando a la cabeza con el nombre del crisma que en el bautizo se pone sobre ella.

La de Dios es Cristo

Se armó la de Dios es Cristo, decimos para significar que hubo una gran pendencia o acalorada disputa. “La de Dios” (“aquí se puede armar la de Dios”) es una de las muchas fórmulas de encarecimiento en las que se alude a Dios como elemento superlativizador. En este caso, la ampliación “es Cristo” podría considerarse como una ampliación del tipo “Sol de justicia”. Pero ciertamente la cuestión de si Dios es Cristo (o mejor, si Cristo era o no Dios) se planteó acaloradamente en el concilio de Nicea (año 325). Y es posible que la locución “armarse la de Dios es Cristo” provenga de estas disputas teológicas con un trasfondo político, en las que el pueblo intervenía ruidosamente. Hay que tener en cuenta que el arrianismo, que rechazaba la divi-

nidad de Cristo, vino a España con los visigodos, de tal manera que las disputas de Nicea se reprodujeron en nuestra patria entre los arrianos visigodos que nos invadieron cuando la llamada “invasión de los bárbaros”, y los católicos hispanorromanos que por entonces vivían en nuestro suelo patrio. Y este enfrentamiento duró hasta la conversión al catolicismo del rey arriano Recaredo, en el III concilio de Toledo (año 587). La locución “los de Dios es Cristo” quedó para designar a los valentones y bravos, los de la carda, pendencieros y matones.

Sellar la boca con la cruz al bostezar

Es costumbre que tiene un origen antiguo. Erasmo, *De la urbanidad en las maneras de los niños* (1530): “Si por ventura apretare el bostezo y no se ofreciere modo de desviarse o retirarse, con un pañuelo o con la palma de la mano cúbrase la boca, sígnese la luego con la seña de la cruz” (cap. 8). Francisco del Rosal, *Origen de los vocablos castellanos* (1601): “Señal de la cruz en la boca cuando se bosteza, es devoción movida del temor que se tiene de la luxación o desencajamiento de la mandíbula, que suele acontecer, quedando la boca abierta, como acontece cada día” (alfabeto 4). Se tenía la idea de que el bostezo era mal síntoma y era conveniente exorcizarlo con la señal de la cruz. Incluso se creía que el demonio de la peste y otras enfermedades podían entrar por la boca al bostezar y así convenía sellarla para impedirle la entrada.

Al que estornuda, salud

El estornudo preocupó mucho a nuestros antepasados y lo acompañaban de invocaciones a los dioses para contrarrestar sus efectos nocivos. Ya Homero en *Odisea* utiliza la invocación a Júpiter al estornudar. De los griegos lo tomaron los romanos: “Jupiter serva” (Júpiter os guarde). Erasmo, *De la urbanidad en las maneras de los niños* (1530): “Decir a otro ‘Salud’ en el trance del estornudo es uso de religiosidad” (cap. 5). Posteriormente, este “Salud” se cambió por un “¡Jesús!”. Covarrubias, *Tesoro* (1611): “El descubrirnos la cabeza cuando uno estornuda, trae origen de que el que estornuda, volviendo en sí de aquella turbación de sentidos, dice Jesús, y los circunstantes le ayudan invocando el mismo nombre y a él hacen reverencia. En un tiempo hubo en Roma un género de peste tan subitánea que, estornudando, los hombres se quedaban muertos” (s. v. *estornudar*). Montaigne, *Ensayos*: “¿Me preguntáis de dónde proviene esa costumbre de bendecir a los que estornudan? Nosotros producimos tres suertes de vientos: el que sale por abajo es demasiado puerco; el que exhala nuestra boca lleva consigo algún reproche de glotonería; el tercero es el estornudo; y porque viene de la cabeza y no es acreedor a censura, le tributamos honroso acogimiento. No os burléis de esta sutileza, de la cual, según se dice, Aristóteles es el padre” (lib. 3, cap. 6). Sebastián de Horozco, *Libro de los proverbios glosados*, glosando “Al que estornuda, con Dios te ayude, le ayuda”, dice que esta costumbre

proviene de cuando “hubo en Roma y en toda Italia una gran pestilencia y mortandad que se caían muertas las gentes estornudando” (309). Francisco del Rosal, *Origen de los vocablos castellanos*: “ ... cuenta Tucídides, autor griego, que en la famosa peste de Atenas fue, entre otros accidentes, muy común el estornudo; de lo cual más largamente da la razón Paulino, autor médico, que sobre la misma historia escribe y refiere aquella celebrada peste de Roma en tiempo de Pelayo, Papa 2, en la cual eran accidentes muy temidos el estornudo y el bostezo, porque con ellos repentinamente morían; en la cual peste murió el Sumo Pontífice. Y dicen los escritores de aquella historia que de ahí quedó el decir “Creo en Dios” y “Dios te ayude” en el estornudo, y el hacer la señal de la cruz en el bostezo” (alfabeto 4).

Cosa del otro jueves

No es una cosa del otro jueves, decimos para indicar que se trata de algo corriente y vulgar, nada extraordinario que llame la atención. Seguramente este dicho está relacionado con la costumbre de comer y cenar bien los jueves como víspera de viernes, que era día de ayuno y abstinencia de carnes. Covarrubias, *Tesoro*, nos habla de “jueves de comadres, el que cae inmediato antes del martes de Carnestolendas, cuando se juntan las amigas a merendar” (s. v. *comadre*). También había “jueves de compadres”, que lo celebraban el anterior al de comadres; y “jueves lardero”, que era el jueves anterior al Carnaval (domingo antes de Cuaresma, tiempo en el que “deben suprimirse las carnes”). Los jueves, como víspera de día penitencial, quedaron señalados con un cierto carácter extraordinario, al menos en la comida, como desquite previo al ayuno y abstinencia del día siguiente. Sin duda fue tema de conversación lo bien que se comió o cenó el jueves hasta convertirse “lo del otro jueves” en locución de encarecimiento. Y por eso decimos que “no es cosa del otro jueves” para indicar que no se trata de nada especialmente llamativo.

Este mecanismo de compensación anticipada por la penitencia de los viernes, que es el mismo que actúa en las fiestas de Carnaval como víspera de los días penitenciales de Cuaresma, se daba también como compensación posterior esperando que finalizase el viernes para desquitarse con una buena cena. La expresión “hicimos medianoche” como equivalente a celebrar una buena cena, es frecuente en nuestros clásicos referida a los viernes.

Ya Covarrubias, *Tesoro* (1611) lo señala como un abuso: “Hacer media noche, un abuso grande de aguardar a que den las doce del viernes en la noche para comer olla regalada de menudo” (s. v. *noche*). Incluso se hacía la trampa, en las cenas de los jueves, de apelar al reloj que iba más atrasado, burlando el comienzo del día para poder continuar cenando hasta que el último reloj marcase las doce con que comenzaba el viernes, que era día de penitencia. De esto da testimonio Quevedo en *Lo más corriente en Madrid*, donde habla de “Relojes como tribunales, que se apela de unos a otros, aunque los más atrasados son los más finos jueves en la noche”. Gracián,

Criticón: “Con eso no echarán el perro muerto a la puerta del vecino ni se apelarán al otro reloj, como el que está cenando capones en víspera de ayuno” (3ª, crisi 11).

De manga ancha

Ser de manga ancha es ser transigente con los defectos de los demás y aun con los propios. En principio se dijo del confesor poco riguroso con los pecados de sus penitentes. El pueblo asoció esta mayor indulgencia en el confesionario con la amplitud de las mangas del hábito de los frailes frente a la manga más estrecha de la sotana de los sacerdotes. Por las amplias mangas de los frailes pasaban muchas cosas en el confesionario, que la estrecha manga de la sotana de los curas no dejaba pasar. De ahí extendió el significado de manga ancha a quienes son muy indulgentes con las faltas de los demás en otros aspectos de la vida.

Poner las manos en el fuego

Que estamos dispuestos a poner las manos en el fuego por una persona significa que respondemos de su honradez e integridad. La frase tiene su origen en la creencia antigua de que la prueba del fuego esclarecía la verdad. En los llamados juicios de Dios u ordalías, se sometía al sospechoso a diversas pruebas para averiguar la verdad y establecer su culpabilidad o inocencia. Una de ellas era la prueba del fuego. Si el acusado salía indemne de la prueba, era considerado inocente. Se esperaba que, si no era culpable, Dios le ayudaría por encima de todo para que resplandeciera su inocencia. Ya en el *Antiguo Testamento* leemos cómo el sacerdote ha de someter al juicio de Dios a la mujer cuyo marido tiene sospechas de que le ha sido infiel, según la ley de los celos (*Números* 5, 16-22). También del juicio por batalla tenemos muestra en la Biblia con la pelea entre David y Goliat en la que el más débil, ayudado por Dios, vence al gigante. (*Samuel* I, 17, 45-47). La victoria como medio de prueba estaba admitida por los fueros desde muy antiguo, en la creencia de que Dios no permitiría que fuese vencido quien tenía la razón y decía la verdad. Alfonso X el Sabio, *Primera Crónica General*, recoge esta creencia: “Et vos bien sabedes que non deve lidiar el omne que tuerto tiene, ca Dios non le quiere ayudar” (419). La “ley caldaria” ordenaba la prueba del agua caliente (meter el brazo desnudo en agua hirviendo) para probar la inocencia del que sacaba el brazo ileso. *Dic. Autoridades* (1726-1739) dice de la ley caldaria: “Ley que permitía o mandaba al indiciado de crimen grave, probar su inocencia metiendo la mano o el brazo en agua hirviendo, y si se quemaba quedaba probado el delito; y si no, purgaba los indicios y quedaba libre” (*ibid.* s. v. *caldaria*). También la victoria en el campo de batalla se consideraba como medio de prueba de la verdad o inocencia. Jerónimo Zurita, *Anales* (1585): “Llegó esta contienda [entre la liturgia toledana hispano-goda y la galicano-romana] después a tanto escándalo que se puso al juicio de las armas, nombrando dos caballeros para que por batalla campal defendiese cada uno su opinión; y no contentos con esto, usaron de otro juicio más temerario y escandaloso que fue echar los dos brevianos

en una grande hoguera, en la cual según el arzobispo don Rodrigo afirma, se consumió el breviario galicano y saltó sobre las llamas el toledano sin ninguna lesión. Y esto conjeturo yo es lo que el papa [Gregorio VII] dice de la ilusión toledana” (lib. 1, cap. 18). En el *Libro de Alexandre* (1202) aparecen ya textos que reflejan el desconcierto de ver que con frecuencia son los malos los que vencen a los buenos y triunfan sobre ellos: “A los buenos da cueita, que vivan en pobreza; / a los malos da fuerza, haberes e riqueza; / los que no lo entienden, tiénenlo a fereza” (estr. 1719). Pero el ver que Dios solía dar la razón al más fuerte o al ejército más numeroso no bastó para desarraigar la creencia de una intervención divina en estos asuntos. La impresión de que a los buenos les va mejor se debe muchas veces a que llamamos buenos a los que triunfan. Ya decía Séneca, *Hércules loco*: “Al crimen que prospera con éxito se le llama virtud” (“Prosperum ac felix scelus virtus vocatur”, v. 251). Un periódico madrileño, *La Época*, de 1868, trae una redondilla, que copia Unamuno en *Vida de don Quijote y Sancho* (1, cap. 15): “Vinieron los sarracenos / y nos molieron a palos; / que Dios ayuda a los malos / cuando son más que los buenos”. Como decía Voltaire, parece que últimamente Dios está a favor de los grandes batallones. Ya nadie cree en estas pruebas como detector de mentiras o piedra de toque de dudosas inocencias. Pero la frase “poner las manos en el fuego” sigue viva en el idioma por su eficacia ponderativa. Y la usamos convencidos de que no tendremos que ponerla en práctica sino que nos bastará su sola mención para que se nos crea.

Esto va a misa

Así decimos para indicar que se trata de algo indiscutible, de calidad garantizada. El dicho proviene de la costumbre antigua de llevar a la misa para entregar en el momento del Ofertorio las primicias de los frutos del campo. Estas ofrendas se seleccionaban entre los mejores productos, unas veces por verdadera devoción y otras por presión social, o quizá recordando el castigo bíblico que cayó sobre Caín porque ofrecía a Dios lo peor de las cosechas y de sus rebaños. En algunos pueblos, todavía está en vigor esta costumbre de nuestros mayores, que hunde sus raíces en los pueblos primitivos. Ya en los templos-granero de las civilizaciones mesopotámicas, se custodiaban estos granos de las ofrendas seleccionados, para asegurar la siembra del próximo año.

Ha pasado un ángel

Cuando en medio de una conversación se hace un silencio repentino, decimos que ha pasado un ángel. Antonio Díaz-Cañabate, *Historia de una tertulia* (1952): “Más tarde, ya en el Lyón, un nuevo silencio acaece. Era la una y veinte. -Es que ha pasado un ángel- dice d’Ors” (5). Ángel González tiene un poema “El otoño se acerca”: (...) Se diría que aquí no pasa nada, / pero un silencio súbito ilumina el prodigio: / ha pasado / un ángel / que se llamaba luz, o fuego, o vida. / Y lo perdimos para siempre”. Algunos creen que se trata de un resto de la cultura latina clásica.

Cuando los romanos mencionaban a alguno de sus antepasados, se hacía un respetuoso silencio antes de proseguir con la conversación. Pero quizá es simplemente que necesitamos que se haga el silencio para sentir el aleteo de lo sobrenatural.

Aquí paz y después gloria

O aquí gracia y después gloria. Es frase hecha con la que damos por terminado un asunto. Se dice también para dar fin a disputas y poner paz. Se ha tomado del habla eclesiástica, ya que era fórmula con la que solían finalizarse los sermones, como un deseo de paz y gracia en esta vida y de alcanzar la gloria eterna en la otra. De hecho, se acompaña la frase con un gesto de bendición como se hacía en los sermones. También los romances de ciego y las coplas terminaban así. Quevedo, *Vida del Buscón*: “Fui el primero que introdujo acabar las coplas, como los sermones, con “Aquí gracia y después gloria” (lib. 3, cap. 9).

San Pedro se la bendiga

“A quien Dios se la diere, san Pedro se la bendiga. Refrán que enseña la resignación y conformidad que se debe tener con la voluntad de Dios en el repartimiento que su Providencia hace de los bienes entre los demás” (*Dic. Autoridades* s. v. *dios*). Juan de Mal Lara, *Filosofía Vulgar* apunta el posible origen de este dicho: “Parece haber nacido de uno que llevó un beneficio patrimonial, por suficiencia, y se le dijo al colar de aquella prebenda: A quien Dios se la dio, y diráse a todas las mercedes que hizo Dios, que se tengan así acá, y nadie la ose mudar” (centuria 1, 27). Bien pudo ser éste el origen, como que la Iglesia no tenía sino bendecir lo que cada uno poseía como propio. Todavía decimos con un sentido parecido: “Con su pan se lo coma”. Pero también puede pensarse que por san Pedro (como por san Juan) finalizaban los conciertos del año anterior y se renovaban o se mudaban los contratos (de alquiler, de servicios...) para el año próximo. De tal manera que, como dice Correas, *Vocabulario de refranes* (1627): “Hacer san Pedro. Hacer san Juan. Despedirse los mozos, porque entonces cumplen” (*Fra.*, H-168). Esta circunstancia pudo dar a san Pedro en la imaginación popular ese poder sancionador que expresa el dicho, por ser en su día cuando se firmaban los contratos del año.

Hasta tente, bonete

Es porfiar con empeño, con insistencia, hasta el colmo. Tiene un significado superlativo equivalente al del dicho “Hasta verte, Jesús mío”. Tratándose de beber, significa apurar el contenido del vaso en el que se bebe. Había unos vasos o tazones que tenían pintado en el fondo el anagrama de Jesús (IHS). Estos tazones no eran sólo de uso en los monasterios sino también en las tabernas. Había que apurar el vaso para ver a este Jesús al fondo. Hasta verte, Jesús mío se decía incluso cuando al fondo del vaso que se apuraba no había ningún Jesús. De modo que la expresión se generalizó acompañando no tanto a un anhelo piadoso por ver a Jesús cuanto al

acto de apurar el contenido de un vaso de vino. *Estebanillo González*: “Me ponían bien con Cristo con lindas tazas de Jesús llenas de vino” (cap. 1). Para apurar el vaso había que empinar el codo y echar la cabeza hacia atrás, tanto que era necesario sujetar el bonete o sombrero para que no se cayese. Esto era beber hasta tente, bonete. La expresión quedó en elemento para superlativizar otras cuestiones y no sólo la de apurar la bebida.

¡Quién te ha visto y quién te ve!

Es una forma indirecta de decirle a uno que está desconocido, que ha cambiado mucho, generalmente a mejor, desde la última vez que le vimos. Cuando el cambio ha sido a peor, con esta expresión manifestamos la extrañeza entre lo que uno ha sido en su época de esplendor y prosperidad, y cómo se le ve ahora que no es ni sombra de lo que fue. Antes se completaba la expresión diciendo: “¡Quién te vido y te ve agora, ¿cuál es el corazón que no llora?”. Así Sancho Panza en *Don Quijote*, ante la mala figura de aldeana en que los encantadores habían convertido a la sin par Dulcinea: “Quien la vio y la ve ahora, ¿cuál es el corazón que no llora?” (2ª, cap. 11). La expresión así completa nos pone en la pista de su posible origen. Sabe a tópico de sermón, quizá de la Soledad de María, con su corazón atravesado por siete espadas, especialmente ante el descendimiento de la cruz del cuerpo desfigurado de Jesús. Era entonces cuando los predicadores solían clamar de este modo (“¿Quién le ha visto y quién le ve? ¿Cuál es el corazón que no llora?”) para enternecer y hacer estremecer a su auditorio, comparando la estampa ensangrentada del crucificado con la belleza del más hermoso de los hijos de los hombres. De la predicación pasó al lenguaje común. Pero aunque en su formulación actual, esta frase hecha proviene de la predicación cristiana, tiene un precedente clásico en aquella expresión de la *Eneida* de Virgilio, cuando Eneas recuerda en sueños al Héctor vencedor y lo compara con el Héctor “lleno de sangre y polvo”: “Qué distinto de aquel Héctor” (“Quantum mutatus ab illo Hectore”; lib. 2, v. 274s).

Remover Roma con Santiago

Es locución de los que se empeñan y no ceden, llamando a todas las puertas, acudiendo a todas las ayudas e influencias posibles hasta conseguir lo que pretenden. Para entender esta locución que iguala a Roma con Santiago (a Santiago se le llamó la Roma de Occidente), tenemos que remontarnos a los siglos en que Santiago de Compostela disputó a Roma su condición de sede de la cristiandad. En el siglo X, ya tenemos testimonios de las pretensiones pontificales de la seda compostelana en rivalidad con Roma. Los obispos de Santiago se creían pontífices, recibían título papal y como tal eran aceptados. El arzobispo Diego Gelmírez (1100-1140) nombró cardenales, se rodeó de pompas y honores pontificales, y recibía a los peregrinos como si fuera, en efecto, el sumo pontífice de la cristiandad. Roma y Santiago, en realidad, actuaban como sedes supremas ignorándose mutuamente hasta que la orden de

Cluny, en el siglo XI, hizo variar aquel estado de cosas. Sin embargo, Santiago continuó siendo uno de los destinos de peregrinación, y por el llamado camino francés llegaron millones de personas, que mantuvieron a los reinos cristianos en contacto con el resto de Europa. En los s. XII y XIII, época en que se escribió el *Códice Calixtino*, primera guía del peregrino, la ciudad de Santiago alcanzó su máximo esplendor. El papa Calixto II concedió a la Iglesia Compostelana el “Jubileo Pleno del Año Santo”, y Alejandro III lo declaró perpetuo, convirtiéndose Santiago de Compostela en Ciudad Santa junto a Jerusalén y Roma. El Año Santo se celebra cada vez que la festividad del Apóstol, el 25 de julio, cae en domingo. Un hecho importante fue decisivo en la identidad de la Iglesia de Compostela: su vinculación al Apóstol Santiago el Mayor. Desde que, hacia el año 829, el obispo Teodomiro creyó descubrir su tumba, todo giró en torno al culto del Apóstol y a la acogida y atención a los peregrinos que de todo el mundo acudían, y siguen acudiendo, a venerarla. Esta ruta se convirtió en el vehículo por el que circularon las ideas que forjaron la cultura europea. En principio, peregrino es el que anda por tierras extrañas, a visitar un santuario. Pero ya Dante, a finales del s. XIII, distingue entre peregrino el que camina a Santiago de Compostela; romero el que va a Roma (de aquí, romería); palmero el que va a Jerusalén, a los Santos Lugares. (cfr. Claudio Sánchez-Albornoz, “Ante la Historia Compostelana”, en *Españoles ante la Historia*, 1958, Buenos Aires, Losada, 1969).

Como el Rosario de la Aurora

“Acabar como el Rosario de la Aurora, a farolazos”. La frase expresa un mal final, un desacuerdo violento entre los participantes de una reunión. Y alude a los enfrentamientos entre pueblos y parroquias, que se manifestaban con ocasión del Rosario de la Aurora. Éste se celebraba al amanecer con un recorrido procesional por las calles de la parroquia, cuando las procesiones conservaban su sentido original de marcar el territorio. Con frecuencia había conflictos en la demarcación territorial de unas parroquias con otras y, cuando alguna de éstas consideraba invadido su territorio por el Rosario procesional de otra parroquia vecina, se originaban enfrentamientos que terminaban... a farolazos. Ha quedado en frase proverbial, que tiene su aplicación en no pocas sesiones municipales, reuniones de vecinos, manifestaciones en principio pacíficas, que terminan como el Rosario de la Aurora. “Adelante con los faroles”, decimos para animar a continuar adelante con un asunto a pesar de los obstáculos y dificultades que puedan salir al paso. Es expresión relacionada con el Rosario de la Aurora, que al tratarse de una procesión que se celebraba al despuntar el día, utilizaba faroles en su recorrido. Con éstos se abrían paso cuando la procesión de una parroquia encontraba algún obstáculo en el enfrentamiento con el desfile procesional de la parroquia vecina, algo que no era infrecuente en tiempos pasados, debido a la rivalidad entre pueblos vecinos, parroquias o cofradías.

Colgarle a uno un sambenito

Es hacer a alguien víctima de un descrédito, de una nota infamante, culpándole de algo que no ha cometido. Covarrubias, *Tesoro* (1611): “Sambenito. La insignia de la Santa Inquisición, que echa sobre el pecho y espaldas del penitente reconciliado” (s. v. *sambenito*). Covarrubias cree que viene del *saco bendito* (bendecido por el obispo) que en la primitiva Iglesia se ponían para hacer penitencia pública de sus pecados. Alonso de Villegas, *Flos Sanctorum* (1594): “Al herege que los inquisidores penitenciaron, y en señal de penitente le mandaron traer un sambenito de paño amarillo con una aspa colorada de San Andrés (lo cual tuvo origen de lo que en la primitiva Iglesia se usava, y era que en la Cuaresma a los logrereros y a las mugeres públicas pecadoras, si se querían emendar y dexar sus malos tratos, el miércoles de ceniza, el obispo o cura les ponía un saco, derramándole ceniza sobre sus cabeças, y con el saco andavan toda la Cuaresma hasta el día de Pascua, en que si avían bien aprobado en la penitencia los admitían a la Comunión de los fieles, estando antes de por sí en lugar apartado; llamavan bendito aquel saco porque le bendecía el obispo quando se le ponía, y de saco bendito vino «sambenito») (*Fructus Sanctorum*, discurso 78).

Sambenito pasó de significar escapulario de monje benedictino a significar peche-ro de abrigo, mandil o servilleta; antes de usarse como escapulario que se les ponía a los condenados por la Inquisición. La Inquisición ponía este sambenito, en forma de una túnica sin mangas, de color amarillo y con una cruz roja en aspa, al penitente reconciliado. En este escapulario grande a modo de cartelón sobre pecho y espalda, se escribían el nombre y los delitos por los que el reo era condenado. Después de esta ceremonia, estos cartelones se colgaban en las iglesias para conservar la memoria del castigado, como testimonio de infamia, para oprobio de sus descendientes y para ejemplo público. De aquí le viene a la expresión su significado de nota infamante.

Américo Castro ha demostrado que no viene de *saco bendito*, como dice Covarrubias y Alonso de Villegas. “Sambenito es lo que suena: San Benito. Los monjes benedictinos, los “monjes negros”, llevaban sobre el hábito un escapulario de la anchura de los hombros, que les llegaba hasta las rodillas. Este escapulario, mandil o delantal, primero se llamaría San Benito, y luego, sólo sambenito, perdida la noción del nombre del santo. Del área íntima, esta palabra pasó al ambiente público el día en que a un inquisidor se le ocurrió marcar de esta suerte a las víctimas de la persecución religiosa: “Sacáronles [a los judíos en 1488] y echáronles cruces e unos San Benitillos colorados atrás y adelante; y ansí anduvieron mucho tiempo..” (*RFE*, t. XV, 1925, pág. 179-181).

¡Santiago, y cierra, España!

Era el grito de guerra de las huestes cristianas para animar a sus soldados en la lucha contra el moro. Venía a ser como una orden de combate al iniciar la batalla. Ya en el *Poema de Mio Cid* (1140): “Los moros llaman ¡Mafomat!, e los cristianos ¡Santi

Yagüe!” (v. 731). “¡En el nombre del Criador e del apóstol Santi Yagüe / ferid los, caballeros!” (vv. 1138-1139). Se invocaba a Santiago porque circulaba la leyenda de que se le había visto, en más de una ocasión, luchando a favor de las huestes cristianas, especialmente cuando éstas luchaban contra los moros. El P. Mariana, *Historia de España* (1592) refiriéndose a la batalla de Clavijo (año 844), dice: “Los nuestros, con gran denuedo acometen a los enemigos y cierran, apellidando a grandes voces el nombre de Santiago, principio de la costumbre que hasta hoy tienen los soldados españoles, de invocar su ayuda al tiempo que quieren acometer” (7, 13). En un lugar de *Don Quijote*, pregunta Sancho: “Querría que vuesa merced me dijese qué es la causa porque dicen los españoles cuando quieren dar alguna batalla, invocando aquel San Diego Matamoros: “¡Santiago, y cierra España!”. ¿Está por ventura España abierta y de modo que es menester cerrarla, o qué ceremonia es ésta?”. “Simplicísimo eres, Sancho -respondió don Quijote-; y mira que este gran caballero de la cruz bermeja háselo dado Dios a España por patrón y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido, y así, le invocan y llaman como a defensor suyo en todas las batallas que acometen...” (2ª, cap. 58). Pero no le aclara la pregunta, quizá porque entonces sólo a los muy simples se les ocultaba. Rufino José Cuervo dejó claro que España aquí es un vocativo y que, por tanto, debe precederle una coma. Y así, este grito de guerra es a la vez una invocación a Santiago pidiendo ayuda y un estímulo a los soldados (que son España) a cerrar filas contra el enemigo: “¡Santiago, y cierra, España!”. En este grito de guerra, cerrar es atacar, arremeter, acometer. Como cuando decimos cerrar filas contra el enemigo. Y no le decimos a Santiago que cierre, sino a España que acometa. Covarrubias, *Tesoro* (1611): “Cerrar con el enemigo, embestir con él; de do manó el proverbio militar: Cierra, España” (s. v. *cerrar*). Sin embargo, todavía algún político europeísta ha entendido como Sancho este cierra España, y la ha utilizado para replicar diciendo. “¡Santiago, abre España!”.

A santo de qué

Es un modo de preguntar, con extrañeza y enfado, por la razón de algo que se piensa realizar o que en la conversación se trae a colación. Es como preguntar “¿a qué viene ahora esto?”. Se tomó de la costumbre de celebrar de diversas maneras el día de algunos santos, y hoy la expresión viene a significar: ¿Qué santo celebramos hoy para que ...?. Cuando se supone que no hay santo que celebrar. O simplemente se trata de un modo de preguntar reforzado con la palabra “santo” como en la expresión “todo el santo día”. En nuestro idioma, por esa impregnación religiosa desde sus orígenes, se nos cuela ese “santo” en expresiones como “todo el santo día”, “no me da la santísima gana”. Correas, *Vocabulario de refranes* (1627): “¿A honor de qué santo? Cuando no agrada hacer alguna cosa”. “¿A honra de qué santo?. Cuando no se tiene por bien hacer algo” (*Refr.*, A-260, A-261).

Dar el santo y seña

Es dar la contraseña con que uno se da a conocer para que se le permita la entrada en algún recinto custodiado. Al grito de “¡Alto, ¿quién vive?”, los centinelas, para evitar que el enemigo o personas ajenas se introduzcan en el recinto que ellos custodian, piden la contraseña, que es sólo conocida por el personal que tiene permitido el acceso, y tienen que responder con ella cuando se les da el alto. Covarrubias, *Tesoro* (1611): “La señal que da un soldado a otro, para diferenciarse del enemigo, se dice símbolo, y para eso van los capitanes cada tarde a tomar nombre a la tienda del general” (s. v. *símbolo*). *Dic. Autoridades* (1726-1739): “Dar el santo. Término de guerra. Señalar el Rey o el Capitán General el nombre del santo que sirve aquella noche de seña a las centinelas; y también nombrar el santo para ser conocido de ellas” (s. v. *dar*). “Dar el nombre. En la Milicia es aquella palabra que se da por la noche por señal secreta, para reconocer a los amigos, haciéndosela decir. Regularmente en el ejército de los cristianos es el nombre de algún santo, por lo cual se llama también el santo. Dura esta seña hasta que amanece, y entonces dicen que se rompe el nombre” (*ibid.* s. v. *nombre*).

De Pascuas a Ramos

Cuando un suceso ocurre muy de tarde en tarde, decimos que sucede de Pascuas a Ramos. El dicho alude a la festividad de la Pascua de Resurrección, que tiene lugar una semana después del Domingo de Ramos. Por lo tanto, entre la Pascua y la fiesta de Ramos del siguiente año, media un largo espacio de tiempo de casi un año. Con el mismo sentido y parecida explicación, se dice de uvas a peras o de higos a brevas. Es bien conocido que la higuera da primero brevas y sólo después aparecen los higos. Por lo que entre higos y brevas (de la siguiente cosecha) pasa casi un año. De ciento a viento es expresión que utilizamos con un sentido equivalente, emparejando dos palabras que no tienen más parentesco que la rima.

Cuando san Juan baje el dedo

O “cuando las ranas críen pelo”. Se trata de distintas formas imaginativas y familiares para expresar la nula probabilidad de que algo suceda, poniendo un plazo que se pospone indefinidamente, porque estamos seguros de que nunca ocurrirá. La frase alude a la iconografía de san Juan Bautista, que le representa con el dedo índice permanentemente levantado anunciando la venida del Mesías.

A cada puerco le llega su san Martín

Para san Martín (11 de noviembre) se suele realizar en muchos pueblos la matanza del cerdo. De aquí proviene el dicho que utilizamos para recordar que a cada uno le llegará tarde o temprano el momento de rendir cuentas de sus actos y recibir la compensación de sus méritos o el pago de sus culpas. Se trata de un dicho optimista, ya que los poderosos sólo responden ante Dios y ante la Historia, aprovechando

que Dios, de momento, calla y la Historia cae lejos y encima la escriben los vencedores.

Al fin se canta la gloria

O dicho en latín: “Omnis laus in fine canitur”. Que nadie debe alabarse ni recibir alabanzas antes de tiempo. Covarrubias, *Tesoro* (1611): “Al fin se canta la gloria”, hasta que uno ha acabado o la vida o lo que tiene comenzado, no se le debe dar gloria. Este refrán tuvo su origen del verso Gloria Patri et Filio et Spiritu Sancto, que se canta en el fin de cada psalmo” (s. v. *gloria*). Nadie se alabe hasta que acabe. Es traducción de la máxima latina “Neminem usque in finem laudabis”. Aparece ya en el *Eclesiástico* del Antiguo Testamento: “No alabes a nadie antes de que muera, que sólo al fin se conoce quién es cada uno” (11, 30). El poeta latino Marcial bromea en uno de sus epigramas: “Si la gloria viene después de la muerte, no tengo prisa” (“Si post fata venit gloria, non propero”; lib. 5, 10, v. 12). Sebastián de Horozco, *El libro de los proverbios glosados*: “Al fin se canta la gloria. Al fin de cada psalmo se canta en la iglesia, Gloria Patri et Filio etc., de donde provino este vulgar que al fin se canta la gloria, el cual se dice y aplica porque al fin de la vida de cada uno se le ha de dar la gloria y honor de las buenas obras que hizo o el vituperio de las malas” (199). Correas, *Vocabulario de refranes* (1627): “Al fin se canta la Gloria. Porque al fin de cada salmo se canta: “Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto”, por ordenación de San Dámaso, papa español; por metáfora se aplica al premio después del trabajo y semejantes cosas” (*Refr.*, A-1227). “Hasta muertos y enterrados, no seáis alabados” (*ibid.* *Refr.*, H-261).

No sabe de la misa la media

Así decimos de quien no parece estar bien informado de los asuntos que lleva entre manos o de los temas de que se trata. Proviene de una clase de clérigos de aldea sin estudios, que apenas se sabían la misa que celebraban. Hay que tener en cuenta que hasta después del Concilio de Trento (1545-1563) no se crearon los Seminarios tal como los conocemos hoy, en los que los futuros sacerdotes cursan su carrera. En una de las estampas de la época que Fernán Caballero incluye en la obra colectiva *Los españoles pintados por sí mismos* (1851) y que titula “El clérigo de misa y olla”, nos cuenta cómo el hijo de un labrador, después de unas cuantas clases del párroco del lugar, queda listo para recibir las órdenes. Y “aquí tienen ustedes lo que propiamente se llama en Castilla un “clérigo de misa y olla”, porque es un presbítero sin carrera, un clérigo en bruto, un capellán que no sabe de la misa la media, un eclesiástico raro, un cura de los de su misa y su doña Luisa”. Y termina su descripción de este “bonete de aldea”: “Este es el tipo común, el característico del clérigo que se llama de misa y olla porque no sabe más que mal decir una misa y tragar” (pp. 72-75). Este dicho “no sabe de la misa la media”, se aplicó luego a toda persona que no está bien enterada de un asunto.

Perder el oremus

Significa perder el juicio, la cordura o el hilo de lo que se iba a decir. Para entender el origen de esta locución conviene saber que en la celebración de la misa, el celebrante, después de entonar el *Oremus* (“recemos”), recitaba no sólo la oración del santo del día sino otras oraciones de diversas conmemoraciones que debía ir buscando en el misal. Con frecuencia, esta búsqueda (“requires”) resultaba difícil y, a veces, hasta infructuosa. Al verle pasar hojas a un lado y a otro sin acabar de encontrar la oración cuyo rezo había anunciado, los fieles se decían que había perdido el oremus.

6. DICHOS QUE HAN QUEDADO COMO REMATE DE CUENTECILLOS POPULARES DE TEMA RELIGIOSO Y QUE, A VECES, REFLEJAN UN ANTICLERICALISMO AMABLE

Apaga y vámonos

Así decimos cuando, en la discusión, se plantea una hipótesis inadmisible o el interlocutor se sitúa en un punto de difícil consenso, llegado al cual es inútil seguir hablando ya que no tenemos nada que decir ni proponer: “Si esto es así, o si te pones así, apaga y vámonos, no tenemos más que hablar”. Para explicar el origen de esta expresión, se suele recurrir a la conocida anécdota de los dos curas que se apuestan a ver quién termina antes la celebración de la misa. El primero va directamente al *Ite, missa est* (“podéis marcharos, la misa ha terminado”), que era la fórmula con la que el celebrante despedía a los fieles al final de la celebración. Pero, a pesar de que esto es lo último que se dice en la misa, el otro fue más allá, y así ganó la apuesta, diciéndole al monaguillo: “¡Apaga [las velas] y vámonos!”. Aunque el cuento esté bien traído, más bien parece que se amañó para ingeniar un origen gracioso a una expresión que no sólo se utiliza cuando hay que apagar las velas después de la misa. Estas bromas sobre quién decía la misa más deprisa no eran infrecuentes. Castiglione nos cuenta en *El Cortesano* cómo “diciendo yo a un capellán del señor Duque que yo conocía otro clérigo que decía la misa más presto que él, respondióme: no es posible; y llegándose más cerca, díjome al oído: Sabé la verdad, que ordinariamente me dejo casi la mitad de la mía” (lib. 2, cap. 6).

Virgencita, que me quede como estaba

Así decimos cuando la solución que se nos propone puede ser peor que lo que se intenta solucionar, que el remedio sea peor que la enfermedad. “Virgencita, que me quede como estaba”, decimos en broma y a modo de súplica cuando, ante promesas de futuras mejoras, nos tememos que vamos a quedar peor de lo que estamos. Decía un político: “Si el remedio contra los defectos de la democracia es el totalitarismo, virgencita, que me quede como estaba”. La expresión proviene de un antiguo cuentecillo tradicional que nos ha llegado en diferentes versiones. Juan de Arguijo, *Cuentos* (1617): “Don Diego Tello, un caballero de Sevilla, perdió la vista de

un ojo refinando una poca de pólvora; y oyendo referir muchos milagros que la imagen de Nuestra Señora de Consolación había hecho aquel año, hizo la romería y, al entrar en la capilla, se untó con el aceite de la lámpara, muy devotamente, ambos ojos, con lo cual sintió grande dolor en ellos y no veía con ninguno. Daba voces diciendo: “¡Madre de Dios, siquiera el que traje!” (82). Traen otras versiones Juan de la Sal, *Cartas* (1616): “La mujer de don Guillén de Casaus dicen que es sorda (...). Podría decirle esta señora a su santo lo que don Tello a Nuestra Señora de la Consolación, que, habiendo ido a su casa el día de su fiesta y untándose los dos ojos con cantidad de aceite de su lámpara, con deseo de ver con uno de ellos que tenía seco enteramente, probando abrirlos y viendo que no veía con ninguno, comenzó a dar gritos: “¡Reina del cielo! ¡No quiero más que el que me traje! ¡Con el que veía me contento, Virgen de Consolación!” (Carta 7, BAE, vol. 36). Pérez de Montalbán, lo puso en verso en *No hay vida como la bonra*:

Enfermó un hombre de un ojo, / y tanto su mal creció
 que de aquel ojo cegó, / si no lo habéis por enojo.
 Con el ojo que de nones / le vino a quedar, pasaba,
 y veía lo que bastaba, / sin curas, aguas ni unciones.
 Mas, como uno le dijese / que, si es que vista desea,
 al Cristo de Zalamea / devoto y contrito fuese,
 donde por diversos modos / el cojo, el ciego, el mezquino,
 con el aceite divino / de todo mal sanan todos,
 él al punto se partió, / con fin de desentuetar,
 al soberano lugar; / y apenas en él entró
 cuando a la lámpara parte, / y tanto el aceite agota
 que entrambos ojos se frota / por una y por otra parte.
 El ojo que bueno estaba, / con el contrario licor,
 sintió tan fuerte dolor / que del casco le saltaba.
 Y en fin, sin remedio alguno, / hubo de venir a estado
 que de allí a una hora el cuitado / ya no vía de ninguno.
 Al Cristo entonces se fue, / atentando como pudo,
 y a sus pies muy a menudo, / con más cólera que fe,
 a grandes voces decía: / “Señor, a quien me consagro,
 yo no quiero más milagro, / sino el que yo me traía”.
 Cesó el dolor, y al momento, / contento de hallar su ojo,
 se volvió sin más antojo / de milagro” (jorn. 3, esc. 3).

Te conocí cerezo

“Yo que te conocí cerezo / no lo puedo olvidar y no te rezo”. Quien te conoció ciruelo ¿cómo te tendrá devoción?. Esta frase sirve de comentario para justificar el poco aprecio y respeto que se tiene de una persona, a quien otros consideran valiosa, por haberla conocido desde pequeña, Viene como remate de un cuentecillo en

el que el artista había utilizado la madera de un cerezo para tallar la imagen del santo patrono, ante la que todos se postraban en oración. Todos menos una vieja del lugar, que no podía olvidar que fue cerezo. Juan E. Hartzenbusch compuso una fábula (*La vieja indevota*) con este tema. Todos en el pueblo rezaban devotamente ante san Miguel, menos una vieja, que tenía para ello sus “razones”: ...”El que hoy arcángel es, antes fue viga, / y antes árbol, la cual hacha y azuela / vi después aplicar, en pie tendido, / y había antes comido / yo frutal mil veces, / ricas cerezas, casi como nueces. / Labrado el tronco luego y colorido, / aún se me representa en el ejido, / convidando a los ojos / con agrupados pelendengues rojos; / por eso, aunque me culpen y me ultrajen / las lenguas maldicientes, / paso aprisa delante de la imagen, / y dígole entre dientes: / -Yo te conocí verde cerezo, / no lo puedo olvidar, y no te rezo”... (158). En los *Cuentos Folclóricos Españoles del siglo de Oro*, M. Chevalier registra un cuento popular con este tema: “Quien te conoció ciruelo, ¿cómo te tendrá devoción?”. El campesino de cuya huerta había salido el árbol que proporcionó la madera con la que tallaron la imagen de san Pedro, se resistía a creer en la eficacia de sus posibles milagros a pesar de verle tan bien ornamentado. Le decía: “Gloriosísimo san Pedro, / yo te conocí ciruelo / y de tu fruta comí; / los milagros que tú hagas / que me los cuelguen a mí” (86).

La fe del carbonero

Es la fe sencilla de los simples de corazón, que no necesitan pruebas ni explicaciones para creer. O sea, creer con los ojos cerrados sin entrar en profundidades, que para eso “doctores tiene la Iglesia”. La expresión salió de un cuentecillo que sin duda se repetiría una y otra vez en los sermones y homilías hasta que, en forma de locución, pasó al lenguaje común. Así cuenta Correas, *Vocabulario de refranes* (1627), este cuentecillo tradicional: “Yo creo lo que cree el carbonero. Un maestro teólogo tuvo una vez plática con un carbonero en cosas de la fe y acerca de la Santa Trinidad; como cosa tan superior, el teólogo dudaba y disputaba como sabio, y propuso al carbonero: “¿Cómo entendéis vos esto de las tres divinas personas, tres y una?”. El carbonero tomó la falda del sayo y hizo tres dobleces, y luego, extendiéndola, dijo: “Ansí”, mostrando que eran tres cosas y todas una. Agradóle al teólogo y satisfízose, y después, al tiempo de su muerte, decía: “Creo lo que cree el carbonero”. Fíngese el cuento para dar a entender que más vale buena y firme fe sencilla, que estudios y argumentos sutiles en cosas que no puede alcanzar el ingenio humano corto y limitado” (*Refr.*, Y-86). En los tiempos en los que la Inquisición vigilaba la ortodoxia y podías ser acusado como sospechoso de herejía por cualquier expresión poco ajustada al dogma, los cristianos preguntados por su fe salían del paso con aquella fórmula nada comprometida: “Creo lo que tiene y cree y enseña la Santa Iglesia Católica Romana”. Cervantes, *Don Quijote*: “Creer, como siempre creo firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia Católica Romana” (2ª, cap. 8).

Con la Iglesia hemos topado

Así decimos, entre la indignación y el desaliento, cuando tropezamos con algún obstáculo que consideramos fruto de una intransigencia eclesiástica difícil de superar. La frase está tomada del *Quijote*. Pero en la obra de Cervantes, no tiene ese matiz malévolo que se le suele dar sino que la dice don Quijote, sin segundas intenciones, entrando en el Toboso de noche, cuando descubre que lo que creía ser el palacio de Dulcinea, no es sino la iglesia del pueblo. Dice así: “Guió don Quijote, y habiendo andado como doscientos pasos, dio con el bulto que hacía la sombra, y vio una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar sino la iglesia principal del pueblo. Y dijo: “Con la iglesia hemos dado, Sancho”. “Ya lo veo –respondió Sancho–. Y plegue a Dios que no demos con nuestra sepultura; que no es buena señal andar por los cementerios a tales horas, y más habiendo ya dicho a vuesa merced, si mal no recuerdo, que la casa de esta señora ha de estar en una callejuela sin salida” (2ª, cap. 9).

7. LA LECTURA SILENCIOSA FUE UNA RAREZA EN LA ANTIGÜEDAD. LOS MONJES CON SU CULTIVO DEL SILENCIO INFLUYERON EN SU DIFUSIÓN HASTA EL PUNTO DE QUE HOY NOS PARECE NORMAL

Lo que llamamos lectura silenciosa, puramente mental, que no necesita oírse para ser entendida por quien lee, es un fruto tardío de la civilización y era una rareza en la antigüedad. Hoy nos parece tan natural pero todavía san Agustín (finales del siglo IV) se quedó asombrado al ver a su maestro san Ambrosio, obispo de Milán, leyendo sin mover los labios. Este testimonio de san Agustín es el primero de una lectura silenciosa en el que la mente del lector se comunica directamente. Dice así: “Cuando leía, sus ojos recorrían las páginas y su corazón entendía su mensaje, pero su voz y su lengua quedaban quietas. A menudo, hallándonos allí –cualquiera podía entrar, pues no se solía anunciar la llegada de un visitante– lo observábamos mientras leía, en silencio, nunca de otra forma, y, tras quedarnos sentados –¿quién se atrevería a turbar una concentración tan intensa?–, íbamos conjeturando que, en ese rato de tiempo en el que conseguía dedicarse a relajar su mente, libre por fin del ruido de los problemas ajenos, no querría ser distraído ...” (*Confesiones* lib 6, cap 3). Esta lectura silenciosa en privado, no en voz alta y en público, se generaliza en la Ilustración. La nueva tecnología se fue adaptando a este tipo de lectura: separó las palabras, suprimió los comentarios y glosas en los márgenes y a finales del siglo XVII, introdujo el punto y aparte y la división en párrafos y capítulos.

8. DEL LENGUAJE DE LOS GESTOS QUE LOS MONJES UTILIZABAN PARA COMUNICARSE SIN ROMPER EL SILENCIO MONACAL, PROVIENE NUESTRO LENGUAJE GESTUAL, QUE AÚN UTILIZAMOS

El lenguaje de los gestos se utilizó en los antiguos monasterios en los que la disciplina imponía el silencio y obligaba a los monjes a entenderse por señas. Covarrubias, *Tesoro* (1611): “Hablar por la mano es cosa muy antigua, formando

letras con diversa postura de los dedos, de lo cual hace mención san Isidoro, lib. 1, *Ethimologiarum*, cap. 26, y allí verás al maestro Grial en sus anotaciones; Ovidio, libro 1, *Amorum*, elegía 4: Verba leges digitis, verba notata mero” [trad. “Palabras leerás de mis dedos, palabras con vino señaladas”] (s. v. *mano*). Rodrigo Caro, *Días geniales o lúdricos* indaga de dónde les vienen el significado a algunos de estos gestos (diálogo 5, 3: *Otras burlas señalando con las manos*).

Hay gestos con los dedos de validez más o menos universal, que se difundieron como un modo de hablar en silencio y a distancia. Nos sirven para entendernos cuando el interlocutor nos ve pero no puede oírnos. Cerrar el puño como señal de amenaza. El puño cerrado evidencia la fuerza, el poder. La palma es símbolo de poder ya reconocido. La mano extendida es saludo fascista; y el puño cerrado es símbolo revolucionario. También utilizamos la palma moviéndola para saludar. La palma sobre el corazón es gesto que expresa afecto.

Un dedo levantado simboliza el saber: el niño que sabe la respuesta levanta un dedo. El dedo pulgar hacia arriba es signo de aprobación, significa estoy contigo, sin problemas, toda va bien. Hacia abajo es señal de desaprobación (estoy en contra) y condena (entre los romanos equivalía a pena de muerte y así se manifestaba ante el gladiador vencido). Dos dedos levantados (el índice y el corazón) simbolizan el saber reconocido. Así aparecen en las miniaturas medievales las personas que hablan con autoridad. Formando la V significa victoria, un gesto que popularizó Churchill. Pero si se utilizan índice y meñique en forma de peineta, significan cuernos y señalan infidelidad conyugal en un gesto ya universal. Los dedos índice y pulgar formando anillo significa OK (de acuerdo). Este gesto se popularizó en EE UU a comienzos del siglo XIX. Durante la guerra de secesión, cuando regresaban las tropas a sus cuarteles sin tener ninguna baja, ponían en una gran pizarra “0 Killed” (cero muertos). De ahí proviene la expresión “OK” para decir que todo está bien. El dedo índice sellando los labios ordena silencio. Dice Quevedo: “No he de callar, por más que con el dedo, / ya tocando la boca o ya la frente, / silencio avises o amenazas miedo”. Llevar a los labios los dedos arracimados y abrir luego la mano es un beso a distancia, señal de que todo ha salido muy bien. Mover los dedos aplicando el pulgar a la punta de la nariz, es burla. De aquí se dice “con un palmo de narices” por quedar burlado.

El Arcipreste de Hita en *Libro de buen amor* bromea con este lenguaje en un episodio divertido sobre “la disputación que los griegos e los romanos en uno ovieron” (estr. 44-64). Como desconocían la lengua, disputaron por señas, un sabio griego frente a un villano romano. El griego le mostró un dedo y el villano le replicó enseñándole tres dedos; el griego le mostró la palma de la mano y el villano le mostró el puño cerrado. El griego asombrado de la sabiduría del romano, explicó a los suyos que le había dicho que hay un solo Dios y él le había contestado que sí pero en tres personas; le había dicho que tiene todo sometido a su voluntad y él le replicó que tiene el mundo bajo su poder. El villano explicó la pelea a los suyos: Me dijo que me iba a meter un dedo en el ojo y yo le repliqué que con dos dedos le quebraría

los ojos y con otro le rompería los dientes; luego me dijo que me daría un tortazo que me haría temblar los oídos y yo le dije que le iba a dar un puñetazo que se acordaría toda su vida. Entonces se rindió.

9. LOS ADVERBIOS MODALES TERMINADOS EN –MENTE (SABIAMENTE, BUENAMENTE..) SE GENERALIZARON EN NUESTRA LENGUA POR LA INSISTENCIA DE LOS PREDICADORES CRISTIANOS EN LA IMPORTANCIA DE LA INTENCIÓN (MENTE) PARA LA MORALIDAD DE NUESTRAS ACCIONES

El Cristianismo valora mucho la intención con que se hacen las cosas y esto lleva a la introspección y análisis de conciencia. “Non quid detur refert, sed qua mente: No importa lo que se da, sino la intención con que se da. ”..

El romanista Karl Vossler cree (*Metodología Filológica*, Madrid 1930, p. 35) que fue por influjo del Cristianismo como se generalizó este uso de los adverbios en mente hasta perder su valor estilístico y gramaticalizarse. Al gramaticalizarse, ha terminado escribiéndose como una sola palabra aunque seguimos pronunciando dos (tiene doble acentuación). Además, si van varios adverbios copulados, sólo el último lleva terminación: “lisa y llanamente”. Esto indica que todavía se sienten separables los dos elementos. “Los adverbios modales románicos terminados en -mente proceden de ablativos que en un principio indicaban el temple, ánimo o propósito con que el sujeto realizaba la acción” (Vossler, *Espíritu y cultura en el lenguaje*, Madrid 1959). Ya en latín (Cicerón): “bona mente, sana mente”: con buen ánimo, con recta intención. Virgilio: “Sensit enim simulata mente locutam” (*Eneida* lib. 4, v. 105). De significar la disposición anímica, espiritual con que el sujeto hace algo, se pasa (ya en el latín imperial) a indicar el modo: “Bona mientre” (Glosas Emil.), munda mientre (Glosas Sil.) (vid. M. Pidal, *Orígenes...*).

10. EL PUEBLO, QUE NO SABÍA LATÍN, INCORPORA A SU IDIOMA EXPRESIONES “LATINAS” OÍDAS EN LA LITURGIA Y LA PREDICACIÓN, DEFORMANDO SU SIGNIFICADO E INCLUSO SU FONÉTICA CON FINES HUMORÍSTICOS

Era normal en ambientes eclesiásticos y estudiantiles, jugar con expresiones latinas dándoles un significado vulgar, a veces irreverente. Correas, *Vocabulario de refranes* (1627): “Al comer “comamos” y al pagar “a ti suspiramus”. “Gaudeamus” es gocémonos” (*Refr.* A- 1188). “Al fiar, “vita dulcedo”; al pagar “a ti suspiramos”. Esto es: al comprar los puercos fiados y no haber después con qué pagallos” (*ibid. Refr.*, A-1223).

Simplemente con aplicar a determinadas palabras una sufijación en –bilis o en –itis, se creía darles este sabor a latín que era suficiente para el toque de humor que se pretendía. El lenguaje de los estudiantes formaba falsos cultismos con el sufijo –itis, -ibilis: Mieditis. Pérez Galdós, *La Primera República* de *Episodios Nacionales*: “Burlándose delicadamente por el mieditis que pasé...” (cap. 14). Pícolabis: “Así lo

aprecié y comprendí cuando, llevándole conmigo a la fonda para tomar un piscolabis, me dio a conocer...” (*ibid.* cap. 18). *Miau*: “Sindineritis” (cap 26). Valle Inclán, *Luces de bohemia*: “Guasíbilis”. (esc 10).

Dice Mal Lara en *Filosofía Vulgar*: “Al manjar, *vita dulcedo*; al pagar, *ad te suspiramus*”. *Gaudete* o *gaudeamus* (alegrémonos) pasó a significar fiesta, regocijo, comida y bebida abundante. Cervantes, *Don Quijote*: “Esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes; si ellos paran aquí, Gaudeamus tenemos” (1, 36) *Diccionario de Autoridades*: “Gaudeamus. Voz latina que usurpada en nuestra lengua significa fiesta, regocijo, comida y bebida abundante” (s. v. *gaudeamus*). Todavía Pérez Galdós en *Zaragoza* (1874) de *Episodios Nacionales*: “Los frailes sólo cumplieron a medias su oferta en lo de darnos algún gaudeamus como recompensa” (cap. 22)

En ambientes estudiantiles era frecuente jugar con expresiones latinas a las que se les daba un sentido propio. La mayoría de los escritores había estudiado latín en algún monasterio o colegio de iglesia. Se tiene la conciencia de que desfigurando una palabra mediante un afijo, ésta queda incorporada al lenguaje secreto de la tribu. Así en palabras en -is como reminiscencias del latín litúrgico: locatis, finolis, gratis, quitolis. El latín de los medios académicos europeos es foco de difusión del macarronismo (mezcla de latín y romance, o un latín con palabras inventadas que “saben” a latín “mocosuena, mocosuene”). La liturgia, el latín escolar y los autores latinos proporcionan frases con formas en -is: bóbilis bóbilis, de ocultis, de extranjis, por lo bajinis... Se trata de sufijos con una gran fuerza expresiva. De este lenguaje estudiantil saltó al teatro cómico (con frecuencia el gracioso era un estudiante que latinizaba su humor) y de aquí se difundió en el idioma de la calle como un recurso cuando queremos dar a nuestra expresión una coloración humorística que quite hierro y agresividad a nuestras intervenciones. (cfr. C. Clavería, *Estudios sobre los gitanismos del español*, Madrid, CSIC, 1951. pag 249 y ss). Es tema frecuente en nuestra tradición cuentística la anécdota del cura que aprovecha el canto del Prefacio de la misa para hacer llegar un mensaje a su ama, que nada tiene que ver con la celebración litúrgica. Por ejemplo, si se trata de explicarle cómo ha de preparar las perdices que el cura ha cazado de madrugada, se lo irá diciendo en un latín macarrónico para despiste de los fieles, en el que no faltará su “ágilis mójilis”, para terminar con el “pimiento pimientorum per omnia sécula seculorum”. Fernán Caballero, *Cuentos y chascarrillos andaluces*, nos cuenta de aquellas monjas que ante la reprensión de la abadesa por hurtar peras en el huerto, se justifican recurriendo al texto sagrado “qui temperas” (que traducen por “quiten peras”). Pero la abadesa les replica con el “rerum vices” (que traduce por “raras veces”) (*Interpretación de un texto latino*). En realidad el texto latino dice: “Jefe poderoso, Dios de la verdad, / que riges la marcha de las cosas [de las horas]” (“Rector potens, verax Deus / qui temperas rerum vices”). Aunque algunos de estos latines ya sólo se oyen en ambientes cultos o en círculos eclesiásticos, en su momento fueron de circulación normal en el idioma.

Hecho un adefesio

Así va una persona de aspecto estafalario y ridículo, extravagante por llevar alguna prenda de vestir inadecuada. Antes se dijo hablar adefesios por decir despropósitos, disparates, cosas que no vienen a cuento de lo que se está tratando. Adefesio pasó, pues, de significar despropósitos, a significar prenda de vestir ridícula; y por último, persona de exterior extravagante. ¿De dónde procede esta expresión? “Ad Ephesios” es el título de una carta de san Pablo a los fieles de Éfeso. Aunque en ella condena la embriaguez y recomienda no beber vino, el carácter de cosa inútil o absurda se lo atribuyó el humor popular por el hecho de que están tomadas de esta carta de san Pablo las palabras que, en el ritual religioso del matrimonio, dice el celebrante a los nuevos esposos como recomendación para su nuevo estado de casados y que, con tanta frecuencia, resultan inútiles. Así lo interpreta Unamuno: “¿Predicar adefesios? Y eso, ¿qué quiere decir? Lo mismo me preguntaba yo cuando oía a alguna señora decir de otra que iba vestida ridícula o presuntuosamente y sin gusto alguno, que iba hecha un adefesio, expresión análoga a la de decir que iba hecha una facha o una visión. (...) Me quedé haciendo cruces ... de que el pueblo, que ha hecho la lengua, haya supuesto que la epístola de san Pablo a los efesios sea un conjunto de despropósitos, disparates y extravagancias”. A continuación, cita Unamuno el texto del *Viaje de Turquía* (1557), y cree hallar en él la explicación. “Hablar adefesios (...) es decir cosas que ni ha de hacer nadie caso de ellas ni han de ser oídas y que sólo un pobre iluso –no ya bestia– las dice, sabiendo que ni han de llegar a noticia del Rey o de los Reyes a quienes se dirigen. (...) La cosa está clarísima para quien recuerde o aprenda que los consejos que se leen a los recién casados, después de haberse ligado uno al otro y echádoles la bendición el cura, han sido tomados del capítulo V de la epístola de San Pablo a los efesios. Es todo aquello de “las casadas estén sujetas a sus maridos como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer...”, y lo de “maridos, amad a vuestras mujeres así como Cristo amó a la Iglesia”, y lo que sigue. Consejos adefesios que, en general, les entran por un oído y por el otro les salen, y de los que maldito el caso que se hace, según el pueblo supuso y estampó esta su suposición en una frase. Hablar o decir adefesios es, pues, dar consejos como los que por boca del cura da San Pablo a los que se casan, que “ni se ha de hacer nada deso, ni habéis de ser oídos”, ni han de llegar acaso a noticia de aquel a quien se dirigen...” (“Ad Ephesios. Digresión lingüística”, *Nuevo Mundo*, Madrid, 19 de junio, 1912). La primera documentación de esta expresión (que es la que menciona Unamuno) aparece en *Viaje de Turquía* atribuido a Cristóbal de Villalón (1^a, cap. 9).

Ahí está el busilis

El busilis es la dificultad, el intrínquilis de un asunto. Correas, *Vocabulario de refranes* (1627) apunta el posible origen de esta expresión: “Ahí está el busilis. Bien vulgar es el “busilis”, aunque salió o se fingió salir de uno que examinaban para

Órdenes, el cual dudó en declarar “in diebus illis”, y dijo: “Indie”, las Indias; el “busilicis”, no entiendo. De tres palabras hizo dos, partiendo la de en medio, “in diebus illis”, en aquellos días” (*Refr.*, A-1067). Seijas Patiño, comentando esta locución en *Cuento de cuentos* de Quevedo, dice: “Busilis. Con esta voz se pondera el punto en que estriba la dificultad de que se trata. A un fraile indocto y nada avisado, en los puntos de examen de latinidad tocó uno de los capítulos del Evangelio que principian In diebus illis, y dijo: “Indie son las Indias; pero el busilicis no se me alcanza qué pueda significar” (*Obras de Quevedo* BAE, vol. 48). Originado o no de esta anécdota, parece claro que resulta de la disparatada división de la expresión latina “in diebus illis”, dejando por un lado “in die” y por otro “busilicis”, expresión que daría mucho que pensar para traducirla. Y de aquí su significado de dificultad o punto oscuro. Hay que tener en cuenta que la lectura del Evangelio en las misas solía empezar (cuando se decía en latín) con esta fórmula de “In diebus illis” (“en aquellos días”). Y que estas expresiones latinas tan oídas, han dado motivo con frecuencia a traducciones disparatadas y pintorescas por parte del pueblo fiel que no sabía latín. En la obra de Manzoni, *Los novios* (1842), Ferrer es un político que, mientras halaga al pueblo en italiano prometiéndole pan y justicia, dice todo lo contrario en castellano, en sus apartes, para no ser entendido. Una de las frases castellanas que Manzoni pone en boca de Ferrer (como respuesta a la pregunta “¿Cómo salir de aquí?” que le hace el vicario acosado por la muchedumbre) es la de “Aquí está el busilicis. ¡Dios nos valga!” (cap. 13). Sabemos que entre las lecturas de Alessandro Manzoni cuando trabajaba en la redacción de *Los novios*, estaba *Don Quijote*. Y en él Cervantes la utiliza en varias ocasiones. *Dic. Autoridades* (1726-1739): “Busilis. Palabra inventada aunque muy usada del vulgo, o en el estilo jocoso y familiar; y significa el punto principal en que consiste alguna cosa que, a primera vista, no se entiende ni se percibe. El origen de esta voz es dificultoso, pero parece que puede deducirse de un ignorante que, dándole a construir estas palabras latinas *In diebus illis*, construyó diciendo *In die* en el día, y no pudiendo pasar adelante, dijeron de él o él dijo de sí, que no entendía el busilicis” (s. v. *busilicis*).

Dé donde diere

Así se traducía el *Deum de Deo* del Credo. Cervantes, *Don Quijote*, traduce Deum de Deo como tirar algo sin mirar a dónde darás, hablar a bulto, sin pensarlo (2^a, cap. 71). Gracián, *Criticón*: “Respondía de repente a cuanto le preguntaban; y preguntándole uno que qué quería decir “Deum de Deo”, respondió: Dé donde diere” (2, 6). Tomás de Iriarte, *Los literatos en Cuaresma*: “Como los que traducen a destajo y a salir del día: Deum de Deo, dé donde diere”

El sursuncorda

Suele tomarse como un supuesto personaje muy importante y poderoso. Y así, decimos en tono desafiante: “¡Aunque lo mande el sursuncorda!”; o “De ésta no te

libra ni el sursuncorda”. También le encomendamos que haga lo que no estamos dispuestos a hacer nosotros: “Que lo haga el sursuncorda”. En realidad, *sursum corda* son dos palabras latinas del Prefacio de la misa, que en castellano significan “arriba los corazones”, y que el celebrante pronunciaba elevando los brazos al cielo. En el gesto del celebrante elevando los brazos hacia lo alto, el pueblo creyó ver una clara indicación sobre quién es el sursuncorda. Y así lo utilizó como encarecimiento: “Pues ni ése te libra esta vez”. La fuente es Jeremías, *Lamentaciones*: “Alcemos nuestro corazón y nuestras manos a Dios, que está en los cielos” (3, 41). En lenguaje de germanía, condenar a uno a *sursum corda* era sentenciarle a ser ahorcado, por una traducción macarrónica y jocosa equivalente a levantarle con la cuerda. En *Estebanillo González* (1646), se juega con esta expresión para aludir a algún modo de tortura con cordeles: “Me sentenciaron a *sursum corda* y encordación de calabaza. Mas antes que cantase aquello del potro rucio, por tener atención que había servido al Duque mi señor, me condenaron a salir desterrado” (I, cap. 3). Esta expresión es otra muestra de cómo una frase latina, repetida cada día en la celebración de la misa, se puede convertir para el lenguaje popular en algo que nada tiene que ver con lo que significa, como, por ejemplo, un personaje importante a quien se atreve uno a enfrentarse aun consciente de su mucho poder. En *Belarmino y Apolonio* de Pérez de Ayala, hay un personaje de nombre Xuantipa, por contracción de Xuana la Tipa, llamada así porque su padre Xuan el Tipo “amenazaba [cuando se irritaba] con quitar el tipo al *sursum corda*” (cap. 3). Alguna vez se utilizan en su sentido propio para infundir ánimo a quien está decaído, como en *Cánovas* (1912) de Pérez Galdós: “*Sursum corda*. Recobre usted su fe en la libertad; hínchese de patriotismo; nos hincharemos todos..” (cap. 6)

Armarse un tole tole

Es levantarse un gran alboroto y griterío popular. “Tolle, tolle” significa en latín “quita, quita”, y hace alusión a las palabras con las que el pueblo judío, en medio de un gran alboroto popular, pidió a Pilatos que sentenciara a muerte a Jesús: “Y era la víspera de la Pascua, y como la hora de sexta. Entonces dijo a los Judíos: He aquí vuestro Rey. Mas ellos dieron voces: Quita, quita, crucifícale”. (“Tolle, tolle, crucifige eum”; *Juan* 19, 14-15). Con un mismo sentido se dice “Armar un tumbítulo”. Se trata de una expresión no generalizada, para decir armar ruido, alboroto, estruendo, jaleo. Aunque la palabra tumbítulo no ha entrado en el Diccionario de la Academia, se oye en Aranda de Duero y su comarca. Tiene un origen curioso. Los Oficios de Tinieblas en Semana Santa terminaban con el canto del Miserere cuyo último versículo dice: “Tunc imponent super altare tuum vitulos” (“Entonces colocarán becerros sobre tu altar”). Se apagaban las luces del templo y se provocaba un estrépito golpeando cada uno lo que tenía a mano, los prebendados golpeando sus breviarios contra los atriles, como señalan las rúbricas. Los monaguillos y el pueblo asistente colaboraban con fragoroso entusiasmo. En la película *Secretos del corazón* de Montxo Armendáriz

(1997) hay una escena de este golpear y darle a las matracas. Pues bien, de ese “tuum vitulos” asociado al estrépito que le seguía, procede la palabra *tumbítulos* con el significado de alboroto, estruendo. (cfr. M. Rabanal, *El lenguaje y su duende*, ed. Prensa Española, Madrid 1967).

Al buen tuntún

Así decimos para indicar que algo se ha hecho sin cálculo ni reflexión, a lo que salga, sin pararse a examinar y valorar la mejor opción. La expresión al buen tuntún proviene de una deformación del latín “ad vultum tuum” (“en tu presencia, ante tu rostro”) que aparece en el Salmo 44, 13, pero entendido “al sonido” por el vulgo (que no sabe latín) como “a bulto” y de aquí “al buen tuntún”. *Dic. Autoridades* (1726-1739): “A bulto. Modo adverbial que vale lo propio que por mayor, indistintamente, sin separar una cosa de otra, poco más o menos y como se fuese decir a ojo y sin formar juicio por menor y con distinción cabal de las cosas” (s. v. *bulto*). Pérez Galdós, *Fortunata y Jacinta*: “Tenía recetas charlatánicas para todo, y las aplicaba al buen tuntún” (2ª, cap. 4, 5).

Otro caso curioso de deformación de una expresión latina nos lo ofrece la jota de La Magallonesa, que se canta en Aragón y dice así: “Anda y dile al Santo Cristo, / pulida magallonesa, / que cuando me llame al cielo, / que me canten la olivera”. Nadie acertaba a saber qué olivera era ésta hasta que el profesor don Antonio Beltrán propuso una explicación como que lo que pedía el cantor era que le cantaran “el libera”, es decir, el “libera me Domine de morte eterna” [“líbrame, Señor, de la muerte eterna”] de la misa de difuntos. Poco a poco la letra se había ido degradando en el pueblo llano, porque a ellos no les sonaba a nada lo de “el libera”. (Debo este apunte a mi amigo Manuel Pérez Belanche)

De bigotes

Decimos “de bigotes” para ponderar la calidad de algo o encareciendo su dificultad o su tamaño. Un asunto de bigotes es un asunto de gran importancia o dificultad. En los siglos XVI y XVII, los bigotes se tomaban como señal de valentía o más bien de bravuconería. Se juraba o se amenazaba estirando la guía de los bigotes. Covarrubias, *Tesoro* (1611): “Los que traen los bigotes muy largos (...) pretenden parecer valientes y espantabobos, como los que para dar a entender eran grandes filósofos se dejaban crecer la barba. Sanchez Brocense, bigote, nombre tudesco, vale *per Deum* [por Dios] y jurando se asen de los mostachos” (s. v. *bigotes*). Soldados suizos, de largos mostachos, participaron en la guerra de Granada en tiempos de los Reyes Católicos. Su juramento era *bî Got!* (“¡por Dios!”). Estos dos rasgos (su mostacho y su modo de jurar) se asociaron en la imaginación popular y terminaron llamando “bigote” al mostacho de aquellos soldados que siempre estaban diciendo *bî Got!*. Ya lo registra Nebrija en 1492.

CONCLUSIÓN

Aunque habría mucho más que decir, lo dejamos aquí. He intentado mostrar algunas de las huellas que el lenguaje de los monjes y en general del mundo cristiano han dejado en nuestro idioma en forma de expresiones y modos de hablar que todavía perduran aunque, con frecuencia, hemos perdido la conciencia de su origen. Es sólo una muestra pero suficiente, creo, para demostrar la impregnación que nuestro idioma experimentó desde su origen por parte del mundo religioso¹.

Zaragoza, 28 de noviembre de 2007

¹ Estas y otras muchas expresiones y modismos los he explicado en mis libros *¿Qué queremos decir cuando decimos...?* (Alianza Editorial, El libro de bolsillo. 2001) y *Frases con historia* de la misma editorial.